

SERVICIO SECRETO

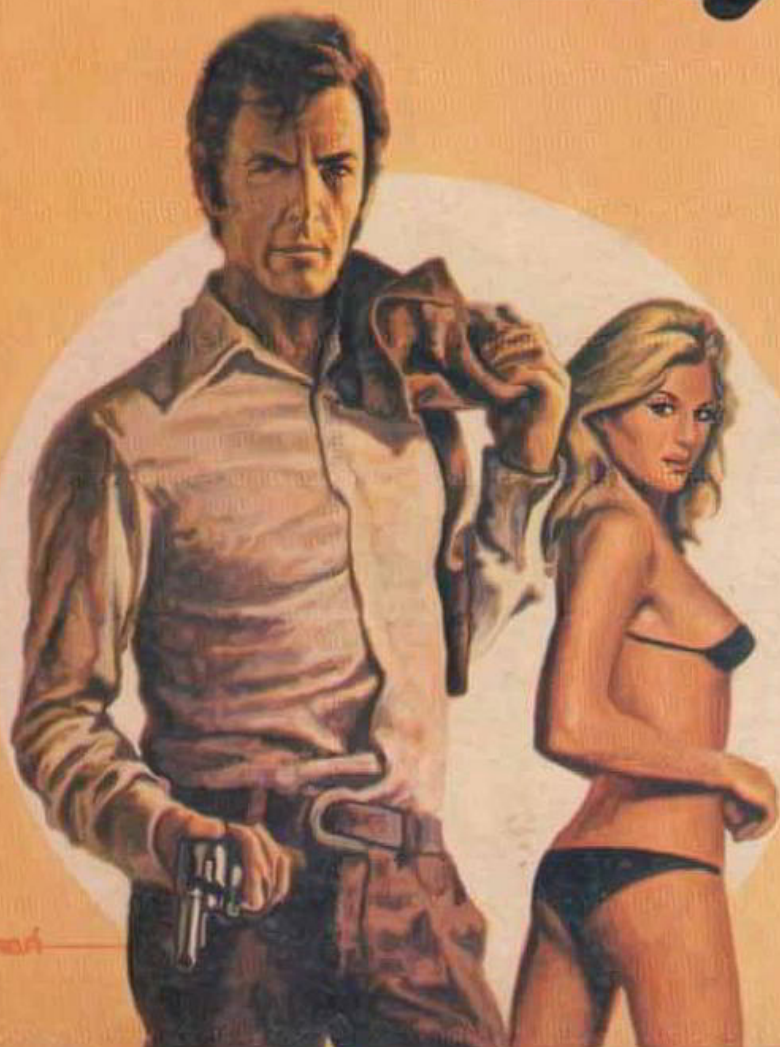
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**CERCO
SANGRIENTO**

**Adam
Surray**



Warren Kennedy, alcaide de la prisión de Katt Hill, empujó la pequeña caja de madera de cedro depositada sobre la mesa.

—¿Un cigarrillo, Eddie?

—¡Oh, no! Gracias, alcaide. Demasiado buenos para mí. No quiero acostumbrarme a los refinados placeres.

El alcaide entornó los ojos.

Dirigiendo una inquisitiva mirada a Eddie Reynolds.



Adam Surray

Cerco sangriento

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1707

ePub r1.0

Lds 27.02.19

Título original: *Cerco sangriento*

Adam Surray, 1983

Ilustraciones: Salvador Fabá

ePub modelo

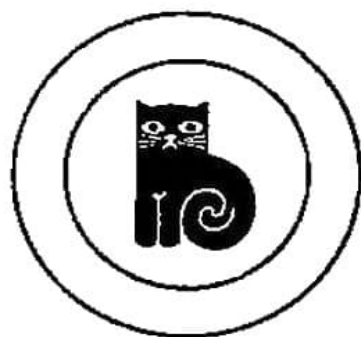
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Warren Kennedy, alcaide de la prisión de Katt Hill, empujó la pequeña caja de madera de cedro depositada sobre la mesa.

—¿Un cigarrillo, Eddie?

—¡Oh, no! Gracias, alcaide. Demasiado buenos para mí. No quiero acostumbrarme a los refinados placeres.

El alcaide entornó los ojos.

Dirigiendo una inquisitiva mirada a Eddie Reynolds.

Un individuo joven. De unos veintiocho años de edad. Alto. Delgado. Rostro de correctas facciones que acusaban un cierto halo de cinismo. Ojos grises, fríos y casi carentes de brillo. Unos ojos de hielo que contrastaban con la expresión irónica reflejada en el rostro. Vestía un traje oscuro, camisa a finas rayas y corbata de descuidado nudo. Los zapatos escrupulosamente lustrados. De un brillo casi cegador.

Warren Kennedy hizo un leve movimiento con la cabeza. Instintivo. Había algo en el tal Reynolds que no le acababa de gustar.

—¿Cuánto tiempo con nosotros, Eddie?

—Sólo un par de años, señor. Ahora, cuando en verdad empezaba a tomarles cariño, me ponen en libertad. No es justo.

El alcaide volvió a empequeñecer los ojos.

Con una mueca en el rostro.

Consciente de que estaba perdiendo el tiempo.

—Dos años que pueden marcar la vida en un hombre joven, Eddie. Los olvidarás. Te aconsejo que lo hagas. Es bueno vivir en paz con la sociedad, muchacho. Acostúmbrate a ello. Respeta y serás respetado. En estos dos años en Katt Hill no has causado problema alguno. Todo lo contrario. Has sido un recluso ejemplar.

En el taller has demostrado tener amplios conocimientos de mecánica. Puedo indicarte un par de sitios donde tal vez te proporcionen trabajo.

—Gracias, alcaide. Pienso tomarme unas vacaciones. Con el dinero ahorrado en prisión he proyectado un crucero por el Caribe.

Warren Kennedy resopló.

Ruidosamente.

Dándose por vencido.

—*Okay*, Eddie. Nada más. Buena suerte.

Eddie Reynolds no respondió. Se limitó a una sarcástica sonrisa, que acentuó la mueca en el rostro del alcaide.

Giró sobre sus talones abandonando la estancia.

En el corredor le esperaba un uniformado guardián de la prisión.

—¿Cómo te ha ido, Eddie? Al menos ha sido breve. Los discursos del alcaide son como mínimo de treinta minutos. Tú no has llegado a los diez.

—Conmigo no son necesarios los discursos, Logan. Yo soy un recluso modelo. El alcaide llegó incluso a ofrecerme un puesto de guardián aquí, en la prisión.

He renunciado a ello. No sería correcto quitar el trabajo a un hijo de perra.

El llamado Logan borró la sonrisa de su rostro. Iba a replicar, pero finalmente optó por guardar silencio.

Habían llegado a una amplia sala donde se empleaba un largo mostrador y una especie de garita semividriera. Tras ella, un individuo de aguileña nariz. De aburrido semblante. Semejante a un pájaro enjaulado.

—Echa un vistazo a tus cosas y firma aquí, Eddie.

El individuo había volcado sobre el mostrador el contenido de la bolsa. Un billetero, un reloj, un llavero...

Eddie Reynolds no se molestó en examinar la lista de sus pertenencias. Lo guardó todo en los bolsillos de la chaqueta firmando a continuación.

—No dudo de la honradez del establecimiento.

—¿Ya nos dejas, Eddie?

Reynolds no necesitó girar para conocer la identidad del individuo que había penetrado en la estancia. Conocía aquella voz. Se puede decir que la había oído día a día durante dos años. Una

voz aguda. Desagradable. Como la de un grillo afónico.

—Te he hecho una pregunta, Eddie.

Reynolds se ladeó.

Sí.

Allí estaba.

Gary Salkow. El jefe de los guardianes en la prisión de Katt Hill. Con su rostro enfermizo. Extremadamente pálido. Como si jamás recibiera los rayos del sol. Manos también blancas. Casi femeninas. En su diestra una porra de goma. Muy gastada por el uso.

Salkow era un individuo amargado. Condenado a los muros de la prisión de Katt Hill. Como un condenado más. A cadena perpetua. Y él lo sabía. De ahí que descargara todo su rencor sobre los reclusos.

—Sí, Salkow. Me voy.

—¿Sin despedirte de mí?

Eddie Reynolds sonrió.

—Te hubiera mandado una postal, Salkow.

Gary Salkow también sonrió. Una sonrisa que no presagiaba nada bueno. En aquellos dos últimos años había provocado a Reynolds. Sin que éste reaccionara. Sacando de quicio a Salkow. Le gustaba domar a los reclusos rebeldes; pero con los pacíficos llegaba a perder los nervios.

Y Eddie Reynolds fue el peor de todos. Indiferente. Soportando los injustos castigos y provocaciones de Salkow sin una sola palabra de protesta. Sin una reacción violenta.

Y eso irritaba a Gary Salkow.

—No me guardas rencor, ¿verdad, Eddie?

—¡Por favor, Salkow! Has sido como un padre para mí.

El jefe de los guardianes amplió la sonrisa.

Se aproximó a Reynolds haciendo oscilar significativamente la gruesa porra de goma.

—Te echaré de menos, muchacho. Tienes sentido del humor. No me sorprendería que volvieras a pasar una temporada con nosotros.

—Lo procuraré. Ahora debo irme. Faltan treinta minutos para que pase el autocar de Kattsville. No me gustaría perderlo y esperar tres horas más al siguiente.

Gary Salkow agrandó los ojos.

Fingiendo en su rostro una mueca de sorpresa.

—¿Cómo? ¿No viene nadie a buscarte, Eddie? ¿Nadie? ¿Ni tan siquiera la furcia de tu madre?

El guardián Logan y el individuo del mostrador intercambiaron una risita. Les divertía mucho presenciar aquellas escenas de Salkow. Más de un recluso, con la carta de libertad y a pocas yardas de la puerta de salida, era internado de nuevo. Bajo la acusación de atacar a funcionario de prisiones. A Gary Salkow le agradaba provocarlos. Luego, con los falsos testimonios de sus compañeros, declaraba que el recluso le atacó súbitamente y sin que mediara palabra alguna.

Eddie Reynolds también conocía aquello.

De ahí que se limitara a sonreír. Una sonrisa desmentida por el destello de sus grises ojos. Un brillo de ira mal contenida.

—Mi madre reposa bajo tierra, Salkow. Dudo que se moleste en salir de la tumba para recogerme.

—Muy cierto. Apuesto que no estás casado. No has recibido visita alguna en estos dos años, Eddie. Aunque tal vez tu mujer ha estado muy ocupada con el repartidor de la leche.

Logan rió ahora a carcajadas.

Coreando exageradamente el comentario de su jefe.

—Estoy solo y sin compromiso. Adiós.

—¡Eh, un momento! —Gary Salkow se interpuso cerrándole el paso—. ¿Qué te ocurre, Eddie? ¿Te molesta mi conversación?

Reynolds apretó con fuerza las mandíbulas.

Por segunda vez estuvo tentado de soltar un trallazo y borrar aquella expresión burlona del rostro de Salkow.

—Nada de eso, Salkow. Únicamente no deseo perder el autocar.

—¡Al diablo con eso! Tienes otro dentro de tres horas.

—Adiós.

Gary Salkow se hizo a un lado. Como si permitiera el paso de Reynolds. Y lo que hizo fue propinarle una zancadilla. Acompañada de un golpe con la porra de goma. Al costado izquierdo.

Reynolds cayó aparatosamente.

—¡Eddie, muchacho! ¿Qué te ha ocurrido?

Reynolds se incorporó.

Sin esperar la hipócrita ayuda de Salkow.

—Nada. He tropezado con una raya del suelo...

Eddie Reynolds sí abandonó ahora la estancia. Resonando tras él

las risotadas de los tres individuos. Minutos más tarde le era abierta la pequeña puerta recortada en el grueso portón de acero.

Eddie Reynolds comenzó a andar a grandes zancadas.

Deseoso de alejarse de las altas y sombrías murallas de la prisión de Katt Hill.

A menos de una milla se emplazaba la comarcal de Kattsville. Y a falta de trescientas yardas para llegar al bus-stop, Reynolds divisó el autocar. Siguiendo su ruta sin detenerse.

Eddie Reynolds empezó a maldecir como un poseso.

Insultos dedicados a Gary Salkow y sus antepasados.

Tres horas. Tres horas de espera para el siguiente autocar que le llevara hasta Kattsville. Y desde allí enlazar con Chicago.

Reynolds llegó a la asfaltada comarcal.

Ni un solo coche a derecha e izquierda.

No era una pista muy concurrida, pero tampoco tenía esperanzas de conseguir que algún vehículo se dignara recogerle. Aquélla era zona maldita. La prisión de Katt Hill apestaba. Nadie se aventuraba a recoger a un «carne de presidio».

Eddie Reynolds encendió un cigarrillo.

Hizo una mueca al comprobar los que quedaban en la cajetilla. Tres cigarrillos más. Había regalado dos paquetes a su compañero de celda. Convencido de poder comprar en Kattsville. Y ahora tenía que recorrer doce millas o bien esperar tres horas al siguiente servicio de autocar.

Comenzó a caminar.

El sol en lo alto del horizonte. Descargando con virulencia sus rayos. Haciendo hervir el asfalto.

Reynolds lo prefería a tres horas de inmóvil espera.

A los veinte minutos de trayecto pasó el primer vehículo. Un Buick. Por supuesto no se detuvo a la indicación de Reynolds. Todo lo contrario. Incrementó la velocidad. Como si temiera que Reynolds pudiera subir en marcha.

Fue racionando los cigarrillos.

Espaciándolos al máximo.

Ciertamente la comarcal era de un tráfico casi nulo. El siguiente vehículo apareció una hora más tarde. Un deportivo color rojo. Un Chevrolet «Corvette» de aerodinámico diseño.

Eddie Reynolds alzó el dedo.

Con una resignada mueca.

Puede que le parara algún camionero de buenos sentimientos, pero el conductor de un «Corvette»...

Y Reynolds parpadeó estupefacto al comprobar que el deportivo se detenía con estridente chirriar de frenos.

—¿Qué infiernos hace por aquí, amigo? —rió el conductor del vehículo—. ¡Ni las lagartijas se asoman!

—Estoy dando un paseo hasta Kattsville, pero empiezo a cansarme.

El individuo volvió a reír.

—¡Suba, hermano! Soy *boy-scout*. Ésta será mi buena acción de hoy.

Eddie Reynolds, desde aquel día, iba a maldecir a los *boy-scouts*.

CAPÍTULO II

El «Corvette» circulaba a gran velocidad.

—Eddie Reynolds, ¿eh? Yo soy Luke Biberman. Llámame Luke. Todos me llaman Luke. Soy de Springfield, pero me he establecido hace poco en Chicago. Trabajo para la firma Douglas & Miller.

Soy uno de los ejecutivos. Poco trabajo y buena paga. Me recomendó mi padre, ¿sabes? Mi padre es uno de los principales accionistas de la compañía. ¿Dónde puedo meter al inútil de mi hijo? ¡En la

Douglas & Miller!

¿Y tú, Eddie? ¿Cómo te ganas los garbanzos?

Reynolds sonrió.

Contemplando al tal Biberman.

Un individuo de unos treinta años de edad. De rostro atractivo. De intenso bronceado. Acusando el sol de playas tropicales. Vestía de *sport*, aunque ropa de alto precio.

—Últimamente me he dado al reposo. Dos años de vacaciones en Katt Hill.

—¿Katt Hill? Me pareció ver ese letrero a unas millas de aquí. Yo voy a Chicago, pero me equivoqué y entré por la comarcal de Kattsville. No conozco bien la zona. Fui a Cartón City a visitar a un cliente. En Kattsville enlazaré con la autopista de Chicago. ¿Katt Hill?

—Una prisión. He estado dos años a la sombra.

Luke Biberman rió divertido.

—No te creo. Si hubieras salido de prisión te guardarías de decirlo. Estás en paro, ¿eh? Yo puedo proporcionarte algún trabajo. Me gusta ayudar a la gente. ¿Eres de Kattsville?

—Voy a Chicago.

—¿De veras? Entonces haremos el viaje juntos. Ya llegamos a Kattsville. Un alto para echar un trago, ¿de acuerdo?

—No estoy muy bien de fondos, Luke.

—¡Eres mi invitado, maldita sea! ¿Has almorzado?

—Sí. Disfruté del último rancho en prisión.

Biberman volvió a reír.

—Tratas de impresionarme, ¿eh? Ahora puedes decirme que te encarcelaron por asesinar a una anciana.

—Sólo la violé.

La carcajada del individuo contagió a Eddie Reynolds que también unió su risa.

El «Corvette» circulaba por la Scott Avenue de Kattsville. La calle principal de la ciudad que desembocaba en una circular plaza. El auto fue bordeando el seto central.

—Allí mismo, en ese club —señaló Luke Biberman con la barbilla—. Hay un sitio donde aparcar.

Los dos hombres descendieron del vehículo.

Eddie Reynolds esbozó una irónica sonrisa al leer el nombre del local.

Paradise Club.

Recién salido del infierno y ahora entraba en el paraíso.

—¡Adelante, Eddie! —Biberman le rodeó los hombros con el brazo derecho—. ¡No te quedes ahí parado!

Penetraron en el local.

Parpadearon repetidamente para acostumbrar sus ojos a la penumbra interior. Muy poca iluminación en el local. Sólo la de los pilotos rojizos fijos en el techo y paredes. El mostrador a la izquierda. A la derecha unas pequeñas mesas con confortable diván. Una máquina tragaperras y otra tocadiscos al final del local. Esta última funcionando con una sensual melodía. Casi a la entrada, junto al inicio del mostrador, una expendedora de tabaco.

Y hacia ella acudió Reynolds.

—¿Qué vas a beber, Eddie?

Reynolds rebuscaba las monedas en los bolsillos.

—¿Cómo? ¡Ah!, cualquier cosa. Algo refrescante.

Luke Biberman se había encaramado en uno de los taburetes del mostrador. Dedicando una cordial sonrisa a la mujer situada tras la

barra.

—Hola, preciosa. Nos vas a servir un par de combinados de mi exclusiva invención. Yo te iré guiando, ¿de acuerdo?

La mujer asintió.

Con nulo entusiasmo.

Eddie Reynolds llegó al mostrador con una cajetilla de «Camel» en las manos. Extrajo un cigarrillo. Casi ávidamente Luke Biberman ya estaba señalando las bebidas para el combinado.

—... Zumo de naranja, anisette, golpe de ginebra, latigazo de *whisky*...

La mujer mezclaba las bebidas en la coctelera.

Sin alterar la aburrida expresión de su rostro.

No había más clientes en el local. No era hora de habitual concurrencia. Frente a la máquina tocadiscos una muchacha. De unos veinte años de edad. Contoneándose al ritmo de la música. Lucía ceñido pantalón vaquero y blusa anudada bajo el busto. La tela presionando los turgentes senos. No llevaba sujetador. El saliente pezón se marcaba provocativamente bajo la blusa. Y cada movimiento acompañado de sensual bambolear de senos.

Se fue aproximando hacia el mostrador.

Sin dejar de moverse.

Oscilando las caderas con lascivo vaivén.

Su rostro también resultaba extremadamente sensual. Unos labios muy húmedos. Gordezuelos. Una boca carnosa que repetidamente era acariciada con la punta de la lengua. En semicircular giro. Los ojos de la muchacha también con un destello de voluptuosidad.

La música cesó en la máquina.

La joven llegó al mostrador.

Jadeante. Con un subir y bajar en sus erectos senos que mostraba con generosidad bajo la anudada blusa.

—¿Me dejas una moneda?

—¡Seguro, nena! Aquí tienes. Eres todo un espectáculo. ¿No es cierto, Eddie? Apuesto que...

Biberman enmudeció.

Dirigiendo una inquisitiva mirada a Reynolds. Éste permanecía con los ojos entornados. Fijos en la muchacha. En sus senos. En las caderas. Siguiendo cada uno de los sensuales movimientos.

Devorándola con la mirada.

—Eddie... ¡Eddie!

Reynolds parpadeó.

Sacudió la cabeza.

Como si despertara de un sueño.

—¿Sí, Luke?

—¡Por todos los diablos! Terminaré por creer que en verdad has estado a la sombra, muchacho. Esa expresión de tu rostro, esa mirada... Parecía que fueras a saltar de un momento a otro sobre ella. Como si no hubieras visto a una mujer en un mes.

Reynolds esbozó una sonrisa.

Bebió un largo trago del combinado.

—Dos años, Luke. Dos interminables años.

Biberman quedó unos instantes en silencio.

Sin apartar la mirada de Reynolds.

—Empiezo... empiezo a creerte. Tu ropa, desde luego, no la has comprado recientemente en la Michigan Avenue. ¿Has salido hoy de prisión?

—Tranquilo, Luke. Olvidaré tu invitación de llevarme hasta Chicago. Tomaré aquí el autocar y...

—¡Y un cuerno! Nada ha cambiado, Eddie. Yo no juzgo a las personas. Además, te confesaré algo. Mi abuelo estuvo entre rejas por traficar con *whisky* durante la Ley Seca.

Los dos hombres rieron al unísono.

Luke Biberman arrojó unos dólares sobre el mostrador. Desvió la mirada hacia la muchacha que continuaba con su lasciva danza frente a la máquina tocadiscos.

—¿Nos vamos, Eddie? ¿O prefieres...? Apuesto que aquí cuentan con discretos reservados.

—Nos vamos.

—Okay.

Abandonaron el club.

Biberman, ya situado frente al volante del «Corvette,» sonrió maliciosamente.

—Eres casado, ¿eh, Eddie?

—¿Yo? ¡No! ¿Y tú?

—Libre como un pájaro. Al rechazar a esa muchacha creí que te estaría esperando una esposa.

—Ya te comenté que estoy bajo de fondos. Y por mucha que sea mi desesperación, no llega al extremo de gastar los pocos dólares con una jovencita. Soy un tipo juicioso.

—Yo te hubiera proporcionado un préstamo.

—¿Un préstamo para ir con una furcia? —rió Reynolds—. He aceptado tu invitación para un trago. Ya es más que suficiente, Luke.

—Disculpa. No he querido ofenderte.

—No estoy ofendido. Eres un gran tipo, Luke. Muy pocos se dignan acoger y conversar con un ex presidiario.

—Tú no conoces a los miembros del consejo de administración de la

Douglas & Miller.

¡Eso sí es gentuza!

Volvieron a reír al unísono.

El «Corvette» pronto enlazó con la autopista que conducía a Chicago. Desarrollando entonces su potente velocidad. El trayecto se hizo corto.

—Tengo mi *bungalow* en Askew Creek. En las afueras de Chicago. No soporto la contaminación y el bullicio de la ciudad. En Askew Creek me encuentro como en el paraíso. Rodeado de árboles y con abundante caza. Soy un buen aficionado a la caza. ¿Te importa que pasemos por allí? Quiero cambiarme de ropa y recoger unos documentos.

—En absoluto, Luke. Nadie me espera en Chicago.

—Magnífico. Dispongo de un mueble bar muy bien surtido. Celebraremos tu libertad por todo lo alto.

Con la proximidad de Chicago y el enlace de las diferentes vías de comunicación y acceso a la populosa ciudad, el tráfico se fue haciendo más intenso.

Luke Biberman desvió el auto por un ramal que, a menos de una milla, enlazaba con la carretera que conducía a Askew Creek. Un camino semejante a un tobogán. Un bosque. Un lugar extenso salpicado de aislados *bungalows*. Cada uno de ellos en plena montaña.

En pleno contacto con la naturaleza. Con su correspondiente y amplia parcela de pinada.

—Esto es un paraíso, Luke. Sin ninguna duda. Yo he habitado

siempre en Barrio Horne. Una zona de Chicago muy cercana a los famosos parques de ganado. Si el viento soplaba a favor, el pestilente hedor del ganado nos envolvía por doquier.

Biberman rió divertido.

—Mi domicilio en Springfield fue siempre en una zona residencial. A mis viejos no les gusta el ruido ni soportar a los vecinos. Yo he terminado por acostumbrarme también a la tranquilidad. Ahí está, Eddie... Ésa es mi choza.

El «Corvette» se había desviado de la espiral carretera hacia su sendero. Al final se divisaba el *bungalow*. Rodeado de frondosa arboleda.

Reynolds silbó con admiración.

—Marchan bien los negocios en la Douglas & Miller, ¿no es cierto, Luke?

—A mi sueldo hay que añadir la cuota mensual de mi viejo. Sí, Eddie. Mi padre también me pasa una paga. Por acceder a trabajar. Antes era un parásito. Ahora soy un parásito en nómina. El viejo contento y yo también.

El «Corvette» se había detenido frente al *bungalow*.

Una casa de amplio porche. Al viejo estilo californiano. Con ventanales artísticamente enrejados. De una sola planta. Contiguo se emplazaba el garaje.

Luke Biberman, al descender el auto, tropezó con una barra metálica.

—Maldita sea... El atizador de la chimenea. Ayer hice unos trabajos en el jardín y olvidé entrarlo en la casa.

Reynolds se inclinó para recoger el atizador.

Luke Biberman se había situado frente a la puerta de entrada a la casa. Comenzó a manipular en el pomo. Haciéndolo girar a derecha e izquierda.

—Fíjate en esto, Eddie: una puerta reforzada con lámina de acero, con puntos de seguridad y con cierre por combinación en el pomo. No existe llave.

Al abrirse la hoja se encendieron automáticamente las luces del *bungalow*. Iluminando el amplio *living* de la entrada. Era visible también el salón. De doble puerta. Una de las hojas abiertas. Permitiendo admirar parte del lujoso mobiliario.

—¿Estás siempre solo, Luke? ¿Sin servicio?

—Una agencia hace la limpieza tres veces por semana. Es el único servicio. Siempre almuerzo en Chicago. Y también las cenas, aunque no todas. Dispongo de un frigorífico repleto, platos congelados, horno electrónico... Si la jornada ha sido dura y me encuentro cansado, me refugio y ceno aquí. Por cierto, ayer mismo empecé un pavo trufado que estaba delicioso. Ven por aquí, Eddie. Te mostraré la cocina.

—Yo no...

—Unas cervezas frías con algo de comer nos sentarán bien —interrumpió Biberman, adentrándose hacia la izquierda del *bungalow* y abriendo una de las puertas—. Yo sí tengo hambre.

La cocina era también espaciosa. Con ventana a la parte oeste. Con vistas a la frondosa arboleda que cercaba la casa. Todo tipo de modernos electrodomésticos.

Luke Biberman abrió el frigorífico. Extrajo cuatro latas de cerveza que depositó sobre la mesa de la cocina. También una fuente. Con pavo trufado. Otra con queso, jamón y fiambres en pequeñas piezas envasadas. Dejó también en la mesa un pan de molde.

—Ahí en el cajón de la mesa encontrarás un cuchillo, Eddie. Utiliza esos platos de plástico. Córtame un poco de todo —sonrió Biberman, tirando de la anilla de la lata de cerveza—. Me reuniré contigo dentro de unos minutos. El tiempo de cambiarme de ropa.

Reynolds dejó el atizador en uno de los rincones de la cocina. También se decidió primeramente por abrir una lata de cerveza. Una fría y refrescante «Heineken» que vació de un solo golpe.

Abrió el cajón de la mesa.

Allí estaba el cuchillo. Un descomunal cuchillo de cocina de ancha y larga hoja metálica.

Eddie Reynolds no resistió la tentación de probar el pavo trufado. Y el queso, el jamón... Fue cortando y sirviendo en uno de los platos.

Atrapó la segunda lata de cerveza.

Le parecía tener la garganta más reseca que minutos antes.

Abandonó la cocina encaminando sus pasos hacia el salón. Se dejó caer en el sofá que adornaba la estancia. En uno de los muebles se emplazaba el video-televisor, junto con un fabuloso

equipo de alta fidelidad. En la mesa cercana al sofá estaba el mando a control.

Reynolds fue tecleando hasta encender el televisor.

En pantalla apareció una bella locutora informando de los espacios a emitir en la tarde y programación nocturna.

Eddie Reynolds sacudió la cabeza.

Empezaba a acusar una cierta somnolencia. Una modorra que le hacía cerrar los párpados. Ya apenas escuchaba la voz de la locutora. Le llegaba muy lejana. Como procedente del más profundo de los pozos.

Echó mano al bolsillo en busca de la cajetilla de tabaco.

Encendió un cigarrillo.

Una placentera sensación se fue apoderando de Reynolds. De nuevo sus ojos se resistían a permanecer abiertos. Cada movimiento de sus párpados era como si levantara una tonelada de plomo. Trató de incorporarse y combatir aquella somnolencia. No lo consiguió. Continuó en el sofá. Y terminó por cerrar los ojos. Dejándose vencer.

Fue el incesante trinar de los pájaros.

O tal vez la intensa luminosidad del día que entraba a raudales en la estancia dorándola con rayos de sol.

Lo cierto es que Reynolds entreabrió los ojos.

Y de inmediato los cerró acusando aquella resplandeciente claridad. Palpó a su alrededor. Ya no estaba en el sofá del salón. Se encontraba en un confortable lecho de finas y bordadas sábanas.

Eddie Reynolds volvió a abrir los ojos. Parpadeó repetidamente. Estaba ladeado en la cama. De costado. Frente a una de las mesas de noche. De cara al enrejado ventanal de donde llegaba la claridad del nuevo día.

Un nuevo día...

Había pasado la noche en el *bungalow*.

Reynolds esbozó una sonrisa. Sin duda el bueno de Biberman le había trasladado hasta el lecho después de verle dormido en el salón.

Ahogó un bostezo a la vez que giraba en la cama.

Alargó perezosamente los brazos.

Fue entonces cuando tropezó con algo.

No estaba solo en el lecho.

Compartía la cama con alguien.

Una mueca de estupor se reflejó en el rostro de Reynolds al descubrir a la mujer que yacía a su lado.

Una mujer que mantenía los ojos muy abiertos. También parecía contemplar a Reynolds, aunque eso no era posible.

Estaba muerta.

Degollada.

El ensangrentado cuchillo, un enorme cuchillo de cocina, aún permanecía sobre la seccionada yugular.

CAPÍTULO III

Eddie Reynolds saltó del lecho.

Como mordido por un escorpión.

Su expresión de estupor fue reemplazada por una mueca de horror. Contemplando alucinado la macabra escena.

La mujer estaba semidesnuda. El vestido hecho trizas. La ropa interior desgarrada. Como si hubiera ofrecido una fuerte resistencia. Los dedos de las manos engarfiados. Algunas de las largas uñas aparecían rotas. El rostro femenino era una horrible máscara donde se reflejaba un indescriptible terror. Facciones desencajadas. Ojos casi saltados de las órbitas.

Y el cuchillo.

Aquel descomunal cuchillo seccionando brutalmente la yugular. Un gran charco de sangre bajo la nuca. Empapando la sábana. Extendiéndose por la almohada. Reynolds fue retrocediendo.

Instintivamente.

Sin apartar la mirada del cadáver.

La mujer representaba unos cincuenta años de edad. Tal vez más. O puede que menos. Imposible definir con aquella mueca deformándole su rostro.

Eddie Reynolds giró al tropezar con el tocador. Fue entonces cuando descubrió su imagen reflejada en el espejo. Estaba solo con el pantalón. Un pantalón con manchas de sangre por doquier. El torso desnudo. Y allí, en el tórax, sanguinolentos surcos. Profundos arañazos. Las uñas de la mujer clavadas en su pecho, en los hombros...

—Dios... Dios...

La voz de Reynolds fue un tenue susurrar.

Apenas audible.

Se sujetó con ambas manos la cabeza. El no había matado a aquella infortunada mujer. Todo había sido una trampa. Una encerrona.

Luke Biberman.

El bueno de Biberman.

Sí.

Ahora lo comprendía todo. Era fácil deducirlo. Había sido seleccionado para cargar con un asesinato.

Un súbito grito hizo respingar a Reynolds. Desvió la mirada hacia la ventana. A tiempo de ver a la mujer. A través de la artística reja. Una mujer que alternaba su horrorizada mirada entre Reynolds y el cadáver que yacía en el lecho. Sin cesar de gritar.

Eddie Reynolds acudió al ventanal.

Y la mujer reaccionó corriendo por el jardín. Sin interrumpir sus desgarradores alaridos. Corrió hacia una furgoneta situada frente a la entrada al *bungalow*. Un individuo permanecía junto al vehículo. Descargando unos instrumentos de limpieza.

Reynolds, desde el ventanal de la habitación, contempló cómo la mujer gesticulaba con el individuo señalando hacia la casa. De inmediato subieron a la furgoneta y alejaronse a gran velocidad.

Eddie Reynolds comprendió que también él debía actuar con rapidez.

No podía permanecer allí en espera de la policía y entregarse. De poco iban a servir sus declaraciones de inocencia.

Se precipitó hacia el armario que ocupaba casi la totalidad de una de las paredes del dormitorio. Allí encontró ropa. Extrajo un pantalón, una chaqueta *sport* y una camisa polo. Lo primero que encontró a mano.

No podía utilizar su ropa. La camisa y la chaqueta estaban en el suelo. Junto al lecho. La camisa rasgada. La chaqueta con el bolsillo superior arrancado. Y con manchas de sangre.

Tomó la billetera de su chaqueta.

Sólo los zapatos le resultaron aprovechables.

Salió de la estancia como una exhalación.

No se molestó en buscar al bastardo de Luke Biberman. No estaba en la casa. No formaba parte de su diabólico plan el permanecer allí.

La entrada al *bungalow* aparecía forzada. No la metálica puerta,

sino el marco. El pomo destrozado a golpes. Y el atizador de la chimenea en el porche. Junto a la puerta.

Reynolds palideció.

El atizador, el cuchillo...

Allí estaban sus huellas.

La puerta del contiguo garaje permanecía abierta. En su interior un Ford Mustang. Un coupé plateado de dos puertas.

Con las llaves de contacto puestas.

Eddie Reynolds se precipitó en el interior del vehículo.

Minutos más tarde hacía rugir el motor del Mustang alejándose a gran velocidad del *bungalow*. Mientras descendía vertiginosamente por la espiral carretera divisó la furgoneta de la limpieza. Estaba detenida frente a uno de los *bungalows* de la zona. Sin duda telefoneando desde allí a la policía.

Reynolds pisó aún más el pedal del gas.

Tomando peligrosamente una de las pronunciadas curvas. Rozando la carrocería del auto contra las metálicas vallas de protección. Eddie Reynolds era un experto conductor, pero los años de forzada inactividad, su nerviosismo y lo difícil del trazado hacían complicado el recorrido.

Al entrar en la autopista incrementó la velocidad.

Poca distancia le separaba de Chicago.

El tráfico se hizo más intenso. Saturado por los vehículos procedentes del Internacional Airport y de Morton Grove, que se unían en la pista Kennedy. Máxime en aquellas primeras horas del día.

El rostro de Reynolds bañado en sudor.

La policía tardaría en identificar las huellas, pero sí comunicaría rápidamente la desaparición del Mustang. Y se daría aviso a todas las unidades de la Metropolitan Police.

No era prudente entrar en Chicago conduciendo el Mustang. Tenía que abandonar el vehículo.

Eddie Reynolds se desvió hacia un hotel-gasolinera. Estacionó en el amplio *parking* existente. No encaminó sus pasos hacia el establecimiento, sino que se dirigió hacia la parada del bus.

Había unas diez personas esperando el transporte público.

Reynolds se detuvo. Temiendo no disponer de un solo dólar para el autocar. Introdujo las manos en los bolsillos de la chaqueta.

Quedó rígido.

Acentuando la palidez de su rostro.

Lentamente fue asomando sus manos de los bolsillos de la chaqueta. Descubriendo las joyas. Un collar de brillantes, pulseras de rubíes, pendientes de zafiros y brillantes, sortijas con talla de esmeraldas...

Los bolsillos repletos de joyas.

Eddie Reynolds fue abriendo los dedos. Soltando las joyas de nuevo en el interior de los bolsillos. Palpó los bolsillos interiores de la chaqueta. Había algo. Fajos de billetes. Billetes de cien y mil dólares. Cerca de veinticinco mil dólares en efectivo.

Dinero y joyas.

La policía ya tenía el móvil para el crimen de Askew Creek. También las huellas del asesino. Incluso trozos de piel de las uñas de la víctima.

La caza iba a resultar muy sencilla.

CAPÍTULO IV

El apartamento alquilado, aunque reducido, resultaba confortable y bien amueblado. En pleno centro de Chicago. A poca distancia del Seward Park.

Eddie Reynolds había preferido alquilar un apartamento a hospedarse en un hotel. Así resultaba más difícil de localizar por la policía. Contaba con un poco de tiempo a su favor. El empleado por la policía en identificar las huellas.

El apartamento disponía de televisor y radio. Fue en este último medio de comunicación donde escuchó las primeras referencias al suceso. En un avance de noticias locales. Informando del crimen acontecido en Askew Creek. La víctima había resultado ser Julie Malvern, la presidente de la Malvern Electric. Una de las principales empresas de electricidad de Illinois. Dama muy conocida en la vida social de Chicago. Se hizo una breve semblanza de Julie Malvern. Hija del legendario John Malvern, fundador de la Malvern Company que, con el tiempo, llegó a convertirse en la empresa líder en material eléctrico. Julie fue el único fruto del matrimonio Malvern. Y ella heredó las riendas del fabuloso negocio. Una mujer de temple. Contrajo matrimonio a la ya avanzada edad de cuarenta y dos años.

Llevaba tres años de matrimonio con un hombre mucho más joven que ella, Charles Sandrich. Un administrativo de la Malvern Electric que, por su matrimonio con Julie, llegó a formar parte del Consejo de Administración. Julie, pese a su matrimonio con Charles Sandrich, continuó utilizando el apellido de su padre. El apellido que se enorgullecía con la Malvern Electric.

El locutor radiofónico informaba que Julie Malvern, muerta a los cuarenta y cinco años de edad, había sido víctima de un sádico

asesino. Sugería la posibilidad de violación y afirmaba un espectacular robo en el *bungalow* de Askew Creek.

Ninguna noticia más por el momento, aunque dada la ilustre personalidad de la víctima continuarían informando a los oyentes en sucesivos avances.

Eddie Reynolds desconectó el aparato.

Estaba sentado en uno de los sillones del salón. Con un cigarrillo en los labios. En actitud pensativa.

Dos años en la prisión de Katt Hill.

¿Cuánto por un asesinato?

Dos años de condena por un vulgar asunto de drogas y lesiones.

Eddie Reynolds esbozó una amarga sonrisa.

Drogas y lesiones...

Sí.

Aquello tenía gracia.

Aconteció hacía dos años, pero lo recordaba con toda nitidez. Freddy. Su hermano Freddy. Un muchacho de quince años.

Freddy.

Freddy...

La sonrisa se hizo más amarga en el rostro de Eddie Reynolds. La vida de su hermano Freddy estuvo siempre marcada por la fatalidad. Nació del brazo de la muerte. No era esperado ni deseado. Eddie Reynolds contaba en aquel entonces doce años de edad. Fue grande su sorpresa al conocer que iba a tener un hermano. Freddy nació... y la madre murió en el parto.

Aquella tragedia fue el inicio de otra. Mark Reynolds no supo llevar con entereza la desaparición de su esposa. Buscó consuelo en la bebida. Degradándose día a día. Jamás dirigió una sonrisa al pequeño Freddy. Ni una sola palabra de cariño. Freddy era el intruso. El culpable de la desgracia.

Mark Reynolds era propietario de un buen taller de mecánica en Barrio Home, pero ya no estaba en condiciones para dirigirlo. Fueron los empleados y el propio Eddie, apenas un chiquillo, los que mantuvieron el negocio a flote.

Mark Reynolds apareció cierto día en una sucia callejuela. Abrazado a una botella vacía de *whisky*. Muerto. Justo el día en que Freddy cumplía los ocho años de edad.

Eddie Reynolds continuó al frente del taller de mecánica.

Trabajando sin descanso. Por él y por Freddy. No quería que nada le faltara a Freddy. Le proporcionaría los mejores estudios y todo el amor y el cariño que le negó su padre.

Sólo que Freddy ya estaba marcado. Prefería los billares de Fuller Street al colegio. De poco le servían los consejos de su hermano Eddie. Fue expulsado de varios colegios. Incluso llegó a cometer pequeños robos que Eddie Reynolds, suplicando e indemnizando, logró que no fueran denunciados.

Hasta llegar al fatídico día.

Eddie Reynolds descubrió que Freddy llevaba más de una semana sin aparecer por el colegio. Indagó. Y encontró a Freddy en la sucia habitación de un hotel.

En compañía de una prostituta. Una tal Maggie Blythe. Una mujer que le estaba inyectando morfina.

Eddie Reynolds reaccionó con violencia. Furioso de que una mujerzuela se dedicara a conducir al abismo de las drogas a un muchacho de quince años. Propinó una paliza a la mujer. El propietario del hotel, ante el escándalo originado, dio aviso a la policía. Freddy tenía los bolsillos repletos de dosis de heroína. Sobres que iba a vender por indicación de Maggie Blythe. Eddie Reynolds se hizo cargo de ellos antes de que se presentara la policía. Y cargó con la culpa. Junto con la acusación de lesiones formulada por Maggie Blythe.

Dos años.

Dos años en la prisión de Katt Hill.

Y no sólo eso. Eddie Reynolds, antes de ser condenado, tramitó la venta del taller de mecánica. Necesitaba dinero para internar a Freddy en un buen colegio. Por un largo período. El mismo tiempo que él permaneciera en prisión. Tenía que dejar dinero suficiente para costear la estancia de Freddy en el internado.

Freddy no fue muy agradecido.

No le escribió ni una línea.

Eddie Reynolds sí escribió regularmente al internado. Sin que ninguna de sus cartas mereciera respuesta.

Eddie Reynolds sacudió la cabeza rompiendo el hilo de sus pensamientos. Se incorporó en el sillón. Estaba perdiendo un tiempo precioso. Tenía que actuar antes de que la policía identificara sus huellas. De seguro que ya habían sido enviadas al

NCIC. Y el National Crime Information Center, mediante sus sistemas de computadoras, detectaría de inmediato las huellas de Reynolds. Todos los condenados por uno u otro delito, estaban registrados en el gigantesco cerebro electrónico del NCIC.

Sí.

No podía perder tiempo.

Ya lo había decidido. Recogería a Freddy. Y juntos abandonarían Chicago. Desaparecerían de Illinois. Incluso dejarían Estados Unidos. Buscar refugio en México o cualquier otro lugar.

Eddie Reynolds salió del apartamento.

Había adquirido un coche de segunda mano. Un Mercury. Sin necesidad de tener que presentar documentación alguna. Sólo el pago en efectivo.

Y Reynolds disponía de dinero.

Veinticinco mil dólares y valiosas joyas.

Eddie Reynolds, mientras conducía el Mercury por las calles de Chicago, volvió a maldecir mentalmente a Luke Biberman. El muy bastardo lo había planeado todo a la perfección.

Sus huellas en el atizador, en el cuchillo, comida con narcótico... Y la ropa del armario. Una chaqueta con joyas y billetes. Una chaqueta al alcance de la mano. Sin funda protectora de plástico. La más fácil de sacar del mueble.

Y Eddie Reynolds picando en el anzuelo una y otra vez.

En el *bungalow* de Askew Creek habían quedado sus ropas manchadas de sangre. Sus huellas por doquier... y encima se había llevado dinero y joyas.

Robo y asesinato.

La policía lo iba a tener muy claro.

El Mercury circulaba en dirección a Oak Lawn. Al sur de Chicago. En Crespón Road se emplazaba el Imperial Center. El internado donde se hallaba Freddy. El Imperial Center era un buen colegio. De los mejores. Especializado en jóvenes rebeldes o de difícil conducta.

Eddie Reynolds estacionó en el *parking* del colegio.

Minutos más tarde se encontraba frente al mostrador de recepción. Atendido por un individuo de inexpresivo rostro.

—¿Freddy Reynolds?

—Es mi hermano —añadió Eddie Reynolds—. Yo formulé el

ingreso en el colegio y firmé todos los papeles de cesión de custodia. Ahora quiero sacarlo del Imperial Center. Vamos a instalarnos en Kansas.

El recepcionista estaba consultando un voluminoso libro de registro.

No abandonó su inexpresivo rostro, aunque sí carraspeó repetidamente.

—Me temo que tendrá que hablar con el director.

—Sí, por supuesto...

—Disculpe...

El individuo dejó el mostrador de recepción avanzando por un ancho y largo corredor. Desapareció tras una de las puertas.

Eddie Reynolds encendió un cigarrillo.

Nerviosamente.

Si la policía le había identificado ya, también le relacionaría con Freddy. Y podría presentarse en el Imperial Center de un momento a otro.

Retornó el recepcionista.

—El señor director le espera. Tercera puerta del corredor a la izquierda.

Reynolds avanzó a grandes zancadas.

No se molestó en pedir autorización. Hizo girar el pomo de la puerta penetrando en la estancia. Un amplio despacho. Un individuo de canosos cabellos Se esperaba en pie tras una mesa escritorio.

—Tome asiento, señor Reynolds.

—Tengo mucha prisa. Le ruego dé aviso a mi hermano. Si hay pendiente algún pago me lo notifica y se lo abono en el acto.

El director del Imperial Center hizo una mueca.

—Tengo malas noticias para usted, señor Reynolds. Creí que ya estaba informado de ello. Al menos se le cursó una carta a la prisión de Katt Hill.

—No he recibido nada. ¿Qué ha ocurrido?

—Su hermano Freddy se fugó del colegio hace exactamente dos meses.

Eddie Reynolds había terminado por tomar asiento.

Parecía ajeno a las palabras del director.

—Freddy Reynolds fue un interno conflictivo. Desde el primer día. Era adicto a las drogas. Así lo detectó nuestro doctor y sometió a Freddy a un tratamiento especial. Pareció responder, pero a unos períodos de tranquilidad sucedían otros de manifiesta rebeldía. Era un muchacho extraño. No se comunicaba con nadie. No hacía amistades. Nada parecía gustarle. Por nada mostraba interés. Su indiferencia por todo resultaba casi escalofriante. Últimamente se mostraba resignado al régimen del internado. Su fuga nos sorprendió a todos.

—¿Ha denunciado la desaparición a la policía?

—Por supuesto, señor Reynolds. Freddy tiene ahora diecisiete años de edad. Estaba a nuestro cuidado. Es lógico que denunciase la fuga.

—¿Alguna noticia?

—No, ninguna. Al menos de la policía. Sólo se recibió una llamada telefónica del CJD.

—¿CJD?

—Comité de Jóvenes Desaparecidos. Una agrupación de ayuda a muchachos y muchachas que abandonan el hogar. Uno de sus miembros, una tal Sharon Hardy, nos dio aviso de que Freddy se encontraba en su casa y que quería regresar al Imperial Center. Acudimos de inmediato a buscarle, pero a nuestra llegada Freddy había desaparecido de nuevo. Sin duda cambió de opinión.

—¿Puede proporcionarme el domicilio de Sharon Hardy?

—Un momento...

El director del colegio acudió hacia un archivador metálico. Rebuscó durante breves minutos.

—Aquí está. La sede social de CJD está en la Idngle Avenue. El domicilio de Sharon Hardy es el 635 de Weir Street.

Reynolds se incorporó.

—Gracias.

—Lamento haber sido portador de malas noticias, señor Reynolds. Le aseguro que hemos hecho...

Eddie Reynolds ya había abandonado el despacho.

Con lento paso, casi arrastrando los pies, salió del edificio, se dirigió al *parking* situándose al volante del Mercury.

Ya estaba oscureciendo.

Reynolds permaneció largos minutos sin reaccionar. Sentado al volante del auto. Con la mirada puesta en un indefinido punto.

Pronto todos los medios de comunicación difundirían su fotografía. Acusado del asesinato de Julie Malvern. Deambular por Chicago era meterse en la boca del lobo. Lo prudente era abandonar el país. Sólo que Reynolds no pensaba hacer semejante cosa.

No se marcharía sin Freddy.

CAPÍTULO V

Eddie Reynolds no pudo reprimir una instintiva mueca al pulsar el llamador de la puerta.

Imaginaba a la tal Sharon Hardy.

Una solterona entrada en años. Con aspecto de bruja de cuento de hadas. Acostumbrada a comer caliente todos los días. Una solterona aburrida que, junto con otras colegas, se dedicaba a dar consejos a jovencitos y jovencitas desaparecidos.

Reynolds las conocía bien.

Las recordaba.

Una de esas asociaciones supuestamente benéficas se presentó a los pocos días de la muerte de su madre. Interesándose por quién y cómo se iba a cuidar al pequeño Freddy. Y Eddie Reynolds, con tan sólo doce años de edad, las envió al infierno.

Volvió a pulsar el llamador.

Escuchó ruido en la cerradura de la puerta. También el deslizarse de dos pasadores.

Eddie Reynolds sonrió irónico.

No se había equivocado. La clásica solterona que, con la sola compañía de sus gatos, temía todas las noches ser violada. Y se encerraba bajo mil llaves.

Se entreabrió la puerta.

Y Reynolds parpadeó.

Estupefacto.

Contemplando el rostro femenino que asomaba por encima de la cadena de seguridad. Un rostro joven. De bellas facciones enmarcadas por lacio cabello castaño. Ojos almendrados. Luminosos. Nariz pequeña. Labios gordezuelos de tenue y sensual curva.

—¿Qué desea?

Reynolds demoró unos instantes la respuesta.

Todavía impresionado por la belleza femenina.

—Busco a Sharon Hardy.

—Yo soy Sharon Hardy.

Reynolds volvió a parpadear con estupor. Aquélla no era la bruja, sino la princesa del más maravilloso cuento de hadas.

—Soy Eddie Reynolds. Hermano de Freddy. Tal vez no lo recuerdes, pero telefoneaste al Imperial Center para...

—¡Oh, sí! —interrumpió la muchacha con cordial sonrisa—. Por supuesto que lo recuerdo.

—Quisiera hacerte algunas preguntas. ¿Puedo pasar?

La joven dudó.

Una fracción de segundo.

Cerró la puerta para seguidamente manipular en la cadena de seguridad. Abrió de nuevo la hoja de madera. Recibiendo a Reynolds con una sonrisa adornada con ligero rubor en las mejillas.

—Ya no pensaba salir de casa. Estaba viendo la televisión. Disculpa mi indumentaria.

Eddie Reynolds empequeñeció los ojos.

Fijos en Sharon.

La muchacha lucía una corta bata en suave satén con bieses contrastados. Anudada a la cintura. Cubriéndola hasta la mitad del muslo. El acentuado escote de la bata, pese a estar anudada a la cintura, permitía admirar el nacimiento de unos breves y puntiagudos senos. Modelados seductoramente bajo la tela.

—¿Disculparte? Jamás podré olvidar este privilegio. El rubor se acentuó en el rostro de Sharon. Extendió un brazo señalando hacia el salón que comunicaba directamente con el *living* de entrada.

—Pasa, Eddie. ¿Ya tienes noticias de tu hermano?

Reynolds se adentró en el salón. Una estancia bien amueblada. Con detalles en la decoración marcadamente femeninos. El televisor estaba conectado, aunque el mando del sonido reducido al mínimo.

—No. Ni tan siquiera sabía lo de su fuga del Imperial Center. Hoy, al ir a buscarle, me he encontrado con la desagradable sorpresa. El director del colegio me habló del CJD y de ti. Tal vez puedas ayudarme a localizar a Freddy.

Sharon ahogó un suspiro.

Un leve gesto que hizo que sus turgentes senos asomaran un poco más por la entreabierta bata.

—Temo no poder ser de mucha ayuda.

—Háblame de Freddy. ¿Cómo fue el dar con él?

—El Comité de Jóvenes Desaparecidos es una asociación en defensa y ayuda de los muchachos y muchachas que abandonan el hogar. Disponemos de unos amplios locales. Allí recibimos a todos. Muchachos que han escapado de sus casas o chicas embarazadas que temen enfrentarse a sus padres. Nosotros jamás obligamos el regreso al hogar si ése no es su deseo. Ni damos aviso a la policía o a los padres. Simplemente nos limitamos a dar cobijo y aconsejarles. Recibimos muchas ayudas. Estatales y privadas. Hay una agrupación de padres con el problema común de algún hijo desaparecido escapado del hogar. Colabora con el CJD. Formamos un gran equipo.

—Maravilloso.

Sharon parpadeó levemente.

Creyendo adivinar ironía en la voz de Reynolds.

—Cierta noche, hace aproximadamente un mes, se presentó Freddy en los locales del CJD. A avanzadas horas de la noche. Yo estaba en servicio de guardia y fui su interlocutora. Freddy parecía enfermo. Me dijo que se había fugado del Imperial Center y que quería regresar al internado; pero que no se encontraba con fuerzas para hacerlo solo. Que necesitaba ayuda. Hablaba atropelladamente. Sin coordinar las ideas. Hablaba del Imperial Center, de Barrio Home, de su padre, de su hermano Eddie... Todo ello muy confuso.

—Freddy tuvo problemas de drogas. Tal vez haya caído nuevamente.

Sharon asintió.

Con débil movimiento de cabeza.

—Sí, eso me temo. Desgraciadamente, he conocido a muchos chicos y chicas, casi niños, víctimas de la locura de las drogas. Conozco sus síntomas. Freddy parecía querer escapar, pero necesitaba ayuda. Hablaba mucho de vosotros. De vuestro padre, de ti... Afirmaba repetidamente que su padre era un gran hombre, que le quería mucho. Y su hermano Eddie. Un famoso médico con clínica en Chicago Avenue.

Reynolds estaba encendiendo un cigarrillo.

Enfrentó su mirada a la de Sharon.

—Nuestro padre murió hace ya casi diez años. Y su relación con Freddy se limitó única y exclusivamente a propinarle palizas. Y yo no soy médico.

Sharon esbozó una sonrisa.

—Sospecho que tú has ayudado siempre a Freddy. Con amor y cariño. Cuidando de él. Tal vez por eso, en su mentira, te imaginó como un ilustre médico.

—¿Qué ocurrió después?

—Quise retener a Freddy en los locales del CJD. Aconsejándole que pasara allí el resto de la noche. Dudó. Su lucha interior debió ser horrible. No hacía más que repetir sus deseos de escapar de las garras de Maggie.

—¿Maggie?

—No pude sonsacarle más. Le pregunté quién era Maggie, pero respondió con evasivas. Me percaté de que Freddy no se quedaría en los locales del CJD. De que necesitaba otro lugar. Menos frío e impersonal. Y me lo llevé a casa. Aquí, a mi apartamento. Al terminar mi servicio en el CJD. Freddy pasó la noche muy inquieto. Sin hacerle efecto el calmante que le suministré. Por la mañana le pregunté si continuaba queriendo regresar al Imperial Center. Ante su respuesta afirmativa, llamé por teléfono al director del colegio.

—Y Freddy desapareció.

—Sí. Reconozco mi fracaso. Mientras preparaba el desayuno, salió del apartamento. Sin decir una sola palabra.

—Ahora sé dónde encontrarle.

—¿Maggie?

Reynolds movió afirmativamente la cabeza.

Con las mandíbulas apretadas.

—Sí, Maggie.

—Me temo que tú también vas a necesitar consejos, Eddie. No te dejes llevar por la...

Sharon enmudeció.

Quedó con la mirada fija en el televisor.

Eddie Reynolds desvió también los ojos hacia la pantalla.

Allí estaba él. Su fotografía. Ocupando toda la pantalla. Una fotografía no muy buena. De hacía dos años. Cuando fue detenido

por la policía y fichado. Con su abundante pelo y largas patillas.

Ahora llevaba el pelo mucho más corto. El obligado en la prisión de Katt Hill.

—Ése... pareces tú, Eddie.

La muchacha avanzó hacia el televisor y accionó el mando del sonido.

La voz en *off* del locutor llegó mientras que en pantalla continuaba fija la fotografía.

—... Asesino de la señora Julie Malvern. La policía ya ha cursado orden de busca y captura. Se da la circunstancia de que Eddie Reynolds había salido de la prisión de Katt Hill el mismo día en que cometió tan monstruoso crimen. La policía sigue...

Eddie Reynolds también había acudido junto al televisor.

Desconectó el aparato.

El rostro de Sharon había adquirido la palidez de la azucena. Contemplando a Reynolds con aterrorizados ojos. Comenzó a retroceder.

—Usted..., usted...

—Por favor, Sharon. ¿Ya no me tuteas?

—Es..., es...

—¿Un ex presidiario? Sí, Sharon. No soy médico. Ya te lo he dicho. No te he mentado.

La muchacha había retrocedido hasta quedar arrinconada contra la pared.

Acorralada por Reynolds.

—No..., no me mate...

Eddie Reynolds sonrió.

—Sí, soy un ex presidiario, Sharon; aunque no un asesino. Me gustaría poder explicarte todo, pero no tengo tiempo. Eres muy bonita, Sharon. Una muchacha encantadora. Gracias por todo.

Reynolds se inclinó.

Sobre el rostro femenino.

Besó fugazmente los trémulos labios de Sharon. Ésta fue incapaz de reaccionar. Continuó rígida. Inmóvil. Contemplando cómo Eddie giraba sobre sus talones y abandonaba el apartamento.

CAPÍTULO VI

Barrio Home ocupaba una amplia zona de Chicago. Algo similar al The Bowery neoyorquino. Un estercolero. Un gigantesco conglomerado de edificios grises y húmedos. Junto a viejas casas se alzaban los primeros edificios modernos. Paulatinamente se iba arrebatando el suelo a las miserables viviendas para especular con modernos bloques. Nuevas viviendas de difícil venta a corto plazo. Barrio Home continuaba siendo una zona maldita. Conflictiva. Superpoblada. Blancos, negros, portorriqueños, chicanos... Un explosivo combinado.

Y era en aquella zona donde el vicio estaba más arraigado. Drogas y prostitución. Dos fuentes de ingresos. Dos auténticos manantiales: drogas y prostitución. Dos sucedáneos para que los habitantes de Barrio Horne olvidaran momentáneamente sus miserias.

Los tugurios proliferaban por Barrio Home.

Y en Fuller Street se centraban la mayoría de ellos.

Algunos de los nighth-clubs eran frecuentados por refinados clientes. Elegantes individuos y damas de sociedad. Habituales de Boulevard Room que buscaban emociones fuertes en los tugurios de Fuller Street.

El Checkmate era especialista en ello. Un verdadero antro de drogas, prostitución y sexo. Los más aberrantes espectáculos sexuales tenían lugar en el escenario del Checkmate Club. Todo ello semiclandestino. Amparado en ocasiones por unos policías corrompidos. El Sindicato del Vicio controlaba todo aquello. Con fabulosas ganancias.

Estaba culminando uno de los números del Checkmate. Una mulata en el escenario. Una diosa de ébano de cuerpo escultural.

Exuberante. Sobre ella se centraba el foco rojizo. Todo el local en pecaminosa penumbra. Con una cargada atmósfera de humo de tabaco. Con una mezcla de perfume y sudor a bestia humana. Respiraciones contenidas. Ojos de lasciva mirada. Comentarios obscenos...

Todas las miradas pendientes del *strip-teasse* de la mulata. Un *strip-teasse* marcadamente soez y pornográfico. Ni un ápice de arte. Sólo lujuria y aberración para complacer los más bajos instintos de un morbosos público.

La mulata abandonó el escenario premiada con sonoros aplausos.

Se encendieron las luces del local. No muchas. La penumbra continuaba envolviendo la sala. Aquello formaba parte de la decoración y facilitaba el anonimato de los clientes. Era imposible distinguir a menos de una yarda.

Todas las mesas ocupadas.

Y los reservados.

También la barra del mostrador muy concurrida.

La orquesta inició una sensual música. Muchas parejas saltaron a la pista. Y las chicas del Checkmate se lanzaron a la caza de incautos. Sobre los clientes que habían adquirido los boletos de baile. Cada tíquet una comisión para la chica.

—¿Qué haces aquí, encanto? ¡Nos perdemos la pieza!

La mujer se había colgado del brazo de Eddie Reynolds.

Apartándolo del mostrador.

Reynolds sonrió.

—No sé bailar.

—¿Que no sabes? —La mujer parpadeó contemplando el talonario de veinticinco boletos en la zurda de Reynolds. Reaccionó de inmediato—. ¡Y a mí qué me importa eso! ¡Ven, mi amor!

Eddie Reynolds se dejó conducir por la mujer.

Pasaron a la pista de baile entremezclándose con las demás parejas.

—¿Me permites? Es norma de la casa, ¿sabes? Entrega del tíquet al iniciar el baile.

—Ah, sí, por supuesto. Toma...

Reynolds entregó el boleto que la mujer introdujo en el escote. Entre sus opulentos senos.

—Gracias, amor. Y ahora quietecito. No muevas los pies si no quieres. Déjame a mi.

La mujer frisaba en los treinta años de edad. Rostro con excesivo maquillaje, aunque resultando atractivo. Cuerpo de pronunciadas curvas. Exuberante. Prominentes senos. Amplias caderas. Poderoso trasero... Todo ello acentuado por un ceñido vestido rojo.

La mujer se pegó a Reynolds.

Como una lapa.

Comenzó a mover sensual las caderas. Levemente. En ligero y casi imperceptible vaivén. Sin apenas moverse del sitio.

La música cesó.

Las piezas eran deliberadamente cortas. Para obligar al cliente a una continua cesión de boletos.

—¡Oh, no! —se lamentó hipócritamente la mujer—. Seguimos, ¿verdad, encanto? Ahora había empezado a...

—No me gusta bailar.

La mujer envolvió a Reynolds en una lasciva mirada.

—Comprendo. Podemos ir a uno de los reservados. Son muy... confortables. Te resultará algo más caro, pero no te arrepentirás. Te lo aseguro.

—Yo... Disculpa, pero ya estoy citado con una de tus compañeras. Puedo invitarte a un trago mientras llega, ¿de acuerdo?

La mujer se esforzó por mantener la sonrisa.

Se encaminaron hacia el mostrador.

—¿Una compañera? ¿Quién es ella?

—Maggie.

—¿Maggie?

—Yo tomaré otro *whisky* —dijo Reynolds, fingiendo no oír a la mujer—. ¿Qué vas beber tú?

La mujer desvió la mirada hacia el individuo del mostrador.

—Lo de siempre, Bill. Oye, ¿a quién dices que esperas?

—Maggie. Trabaja aquí, en el Checkmate.

La sonrisa retornó de mejor grado al rostro de la mujer.

—Yo soy Doris. Confórmate conmigo, amor. Te han engañado. Ninguna Maggie trabaja aquí.

—Tú sí quieres engañarme, Doris. Y eso no está nada bien. No se hace eso a una compañera. Yo soy de Texas. Hace un par de años

llegué a Chicago para realizar unos negocios. Conocí aquí a Maggie. Maggie Blythe. Entablamos una buena amistad. Hace una semana llamé por teléfono al Checkmate. Desde Dallas. Quería anunciar a Maggie mi llegada. No hablé con ella, pero prometieron pasarle el aviso. Y nuestra cita era para hoy.

Doris sonrió.

—Quien atendió tu llamada tomó rutinariamente el aviso. Sin la menor intención de cursarlo. Son muchos los que llaman preguntando por alguna de nosotras. Y nunca hacen caso de esos comunicantes. Les dicen que sí, que muy bien, que de acuerdo; pero luego, nada.

Reynolds trazó una mirada a su alrededor.

Esforzándose en escudriñar la penumbra reinante.

—No importa. Esperaré. Maggie debe estar en alguno de los reservados.

—Llevo ya un año en el Checkmate —dijo Doris, algo irritada—. Y conozco a todas las chicas del club. No hay ninguna Maggie entre nosotras.

—¿Estás segura?

—Por completo.

—Entonces...

—Olvida a esa Maggie —susurró la mujer, aproximándose a Reynolds—. Yo te haré olvidar.

—No. Tengo que localizarla. Se trata de una amiga. Ya no es cuestión de pasar un rato agradable. Si de eso fuera, no lo dudaría más y tú serías la seleccionada. Eres más apetecible que Maggie. Maldita sea, no consigo recordar su domicilio. Me llevó a su casa, pero fue en un taxi. Primero a mi hotel, luego a su apartamento. No conozco Chicago y de eso hace ya dos años. Oye, ¿tal vez tú puedas ayudarme?

—Te he dicho que llevo un año en el Checkmate Club. No llegué a conocer a esa Maggie —respondió Doris secamente. Ya sin ocultar su mal humor—. Y no voy a perder el tiempo preguntando a otras compañeras más veteranas.

—Tu tiempo de baile, Doris. Sólo falta un tíquet del talonario. Hay veinticuatro boletos. Son tuyos si me proporcionas el domicilio de Maggie Blythe.

La mujer agrandó los ojos.

Aquello significaba una considerable comisión.

—¿Hablas... en serio?

—Por supuesto.

—¡Espera aquí, amor!

La mujer desapareció confundiéndose entre las sombras del local. Le fue imposible a Eddie Reynolds el seguirla con la mirada. Abonó la consumición encendiendo seguidamente un cigarrillo. Hacía dos años Maggie Blythe trabajaba en el Checkmate. Era lo único que sabía de ella. Y consciente de que las preguntas de los curiosos quedaban sin respuesta, había liado toda aquella farsa.

Retornó Doris.

Con una sonrisa de triunfo.

—Tu amiga Maggie parece haber prosperado últimamente. Al menos cuenta con protectores importantes. Amigos que no te recomiendan. Su apartamento está algo distante de aquí, pero dentro de Barrio Home. El 771 de Weir Road. Tercera planta. Cualquier taxi te llevará allí.

—Gracias, Doris. Aquí tienes lo prometido. Todo el talonario para ti.

—Oye, amor.

—¿Sí?

La mujer bajó un poco la voz.

—Sé lo que buscas de esa tal Maggie. Yo te lo puedo proporcionar. Tengo un contacto. Aquí, en Checkmate. Mercancía de la mejor calidad. Y a muy buen precio.

—No sé de qué me hablas, Doris. Adiós.

Eddie Reynolds abandonó el local.

Al salir respiró con fuerza. Agradeciendo el frío nocturno. Muy diferente a la cargada atmósfera del Checkmate.

Se introdujo en el interior del Mercury.

Por supuesto conocía el emplazamiento de Weis Road. Barrio Home no tenía secretos para Reynolds. En él había transcurrido toda su vida. A excepción de dos años. Sus dos años en la prisión de Katt Hill.

Se lo pensaba recordar a Maggie Blythe.

Eddie Reynolds reiteró la llamada por tercera vez.

Al seguir sin recibir respuesta, avanzó hacia el ventanuco del rellano. De allí pasó a la mecánica escalera de incendios. Subió unos peldaños para situarse frente a la ventana correspondiente a la tercera planta del edificio.

Amparado por las sombras de la noche.

La hoja de la ventana estaba cerrada, pero no le resultó difícil el forzarla y atravesar el marco introduciéndose en el interior de la vivienda. Sus ojos, ya acostumbrados a la oscuridad, se percataron de que estaba en la cocina del apartamento.

Se adentró lentamente.

Pese a lo avanzado de la noche, no esperaba encontrar allí a Maggie. Demasiado pronto para una mujer de la clase de Maggie Blythe. Quedaría a la espera de su regreso a la casa.

Dejó atrás la cocina.

En el corredor accionó el interruptor de la luz. Abrió una de las puertas. Resultó ser un salón-comedor. Siguió por el pasillo.

Abrió otra de las puertas.

Tanteó en la pared hasta dar con el interruptor. Al iluminar la estancia, quedó inmóvil bajo el umbral. Paralizado por la sorpresa.

Freddy estaba allí.

Tendido sobre una cama.

Eddie Reynolds avanzó como un autómatas. Sin reaccionar. Contemplando al muchacho que yacía inerte sobre el lecho.

Sí.

Era Freddy.

Aquel pingajo humano era su hermano Freddy.

Un rostro marcadamente pálido. Macilento. Con los ojos hundidos. La piel materialmente pegada a los huesos. El brazo izquierdo de Freddy colgaba fuera del lecho. Rozando los dedos la alfombra.

Y a poca distancia, una aguja hipodérmica.

—Freddy... ¡Freddy!

Comenzó a zarandearle.

Sin que Freddy reaccionara.

Sólo unos ahogados gemidos por respuesta.

Eddie Reynolds abandonó precipitadamente la habitación. En el salón-comedor había visto el teléfono. Debía dar aviso para el envío

de una ambulancia.

Terminaba de comunicar con el servicio de urgencias, cuando un fuerte ruido le hizo girar con rapidez.

Corrió hacia el pasillo.

—¡Freddy!

El muchacho estaba junto a la puerta de la habitación. Abrazaba unos pequeños envoltorios que introducía bajo la camisa.

—¡No! ¡No me lo quitarás! ¡Es mío!

—Freddy, soy yo... Soy...

Freddy comenzó a retroceder. Tembloroso. Agitándose convulsivo. Con el rostro desencajado. Los ojos muy abiertos. Casi fuera de las órbitas. Con un demente brillo en las pupilas.

—¡Es mío! ¡Es mío, malditos!

—Freddy, soy Eddie... ¿No me recuerdas? No quiero quitarte nada ni hacerte daño. Sólo quiero que... ¡Freddy!

El muchacho se había precipitado al interior de la cocina. Corriendo hacia la escalera de incendios que comenzó a descender con rapidez. La oscuridad de la noche y su lamentable estado físico le hizo trastabillar y caer al vacío. Milagrosamente, su mano izquierda se aferró a uno de los barrotes de la escalera de incendio.

Eddie Reynolds se percató de ello.

Y gritó desesperado:

—¡Freddy! ¡Aguanta, Freddy! ¡Voy en tu ayuda!

Llegó junto a su hermano.

Eddie Reynolds se tendió sobre la plataforma extendiendo los brazos para tratar de alcanzar a Freddy, que continuaba balanceándose de uno de los salientes de hierro.

—Freddy..., la otra mano... Sujétate con las dos manos. Así podré alcanzarte y tirar de ti.

El brazo derecho de Freddy continuaba cruzado sobre el pecho. Abrazando contra sí los envoltorios que asomaban bajo su camisa.

—¡No! ¡Es mío! —aulló Freddy, con el rostro deformado por una indescriptible mueca—. ¡No me lo quitarás! ¡Es mío!

Eddie Reynolds se colgó aún más de la plataforma.

—¡Freddy, por el amor de Dios! Extiende tu brazo derecho. Yo te sujetaré y... ¡Freddy! ¡Freddy!

Eddie Reynolds quiso cerrar los ojos.

Evitar presenciar la mortal caída.

Quiso cerrarlos, sin embargo contempló cómo el rostro de Freddy se desencajaba al ceder sus fuerzas y caer al vacío.

Con un desgarrador alarido.

Un horripilante grito que cesó al sonar un sordo golpe.

La cabeza de Freddy había golpeado contra uno de los salientes metálicos de la primera planta.

Y luego el ruido final.

El brutal choque de Freddy contra el asfalto.

Y Eddie Reynolds sí cerró ahora los ojos. Pegado a la plataforma. Moviendo los labios. Murmurando una única palabra.

—Dios... Dios...

CAPÍTULO VII

No se había iluminado ni una sola de las ventanas.

El callejón continuaba envuelto en las sombras.

Ningún vecino interesado por conocer lo sucedido. Nadie avisaría a la policía. Era lo habitual en Barrio Home. No meter las narices en asuntos ajenos.

Eddie Reynolds estaba junto al caído.

La única iluminación en el callejón era la del farol de Weir Road que llegaba muy distante; aunque sí lo suficiente para contemplar el ensangrentado cuerpo de Freddy. La cabeza reventada. Sangrando abundante por orejas, nariz y boca.

Los ojos de Freddy continuaban muy abiertos.

Sin haber desterrado de ellos aquel demente destello. Y su brazo derecho cruzado sobre el pecho. Ni la muerte había logrado vencer aquella obsesiva locura de retener los envoltorios.

—Freddy...

La ronca voz de Eddie Reynolds pareció extenderse como en un eco por el solitario callejón.

Cerró los desorbitados ojos de Freddy.

También extendió aquel brazo derecho. Descubriendo los envoltorios bajo la camisa. Dos de ellos se habían roto por el impacto de la caída. Descubriendo su contenido.

Heroína.

Freddy había muerto abrazado a seis envoltorios de heroína.

Había una boca de alcantarillado a poca distancia, Eddie Reynolds quitó la tapa de la cloaca. Fue arrojando uno a uno los envoltorios. Escuchando el sonido al caer sobre las pestilentes aguas del colector.

Basura sobre basura.

Volvió a colocar la tapa retornando junto al cadáver de su hermano.

Escuchó el ulular de la sirena.

—Tú no merecías esto, Freddy. Tenías derecho a un paraíso real. Tenías derecho a una infancia feliz, al amor, al cariño... No lo encontraste. Nada de eso encontraste. Y fue un error buscarlo en los falsos paraísos de la droga. Perdóname, Freddy. Perdónanos...

Eddie Reynolds salió del callejón.

Lentamente.

Con la cabeza hundida entre los hombros.

Al introducirse en el Mercury vio aparecer la ambulancia solicitada. No encendió los faros del auto para no delatar su presencia. Tampoco accionó el motor. Quedó a la espera de poder marchar sin que fuera detectada su salida.

La ambulancia se detuvo frente al 771 de Weir Road.

Eddie Reynolds, unas yardas más abajo, contempló a los dos enfermeros salir del vehículo. Portando la camilla. También descendió el conductor de la ambulancia.

Los dos camilleros penetraron en la casa.

El conductor comenzó a deambular por la acera silbando bajo. Recorriendo en cortos paseos la fachada. Al llegar junto al callejón encendió un cigarrillo. Quedó un instante inmóvil, aunque reaccionó corriendo hacia el 771 de Weir Road. Justo en el momento en que salían los dos enfermeros.

—No contesta nadie, Lewis. De seguro que es una broma de un bastardo y...

—¡Hay un hombre tendido en el suelo! —interrumpió el llamado Lewis—. Parece haber caído de la escalera de incendios.

Los dos camilleros corrieron hacia el callejón.

Seguidos del conductor.

Eddie Reynolds consideró llegado el momento oportuno de emprender la marcha. Accionó la llave de contacto. Fue entonces cuando, por el espejo retrovisor, divisó los faros de un auto que se aproximaba a gran velocidad. El vehículo era un Pontiac color negro que frenó paralelamente a la ambulancia. Descendieron tres individuos. Un cuarto hombre quedó frente al volante.

Eddie Reynolds siguió inmóvil en el interior del Mercury.

En espera de acontecimientos.

Los tres individuos habían rodeado la ambulancia. Uno de ellos abrió la portezuela trasera del vehículo.

En el momento en que retornaban los dos enfermeros y el conductor.

—¡Eh! ¿Qué hacen? —inquirió uno de los camilleros.

—Buenas noches —sonrió uno de los individuos—. Nos hemos detenido al ver la ambulancia. ¿Podemos ayudar en algo? ¿Qué ha ocurrido?

—Gracias, pero no es necesario. Un joven se ha despanzurrado al caer desde la escalera de incendios. Ya nada se puede hacer por él. Vamos a dar aviso a la policía para que ordene el... ¡Eh, oiga!

Uno de los individuos había emprendido veloz carrera hacia el callejón.

Regresó a los pocos segundos.

Jadeante.

—Es él...

—Maldita sea. Tenemos que registrarle. No, mejor llevarnos el cadáver.

Los dos enfermeros y el conductor de la ambulancia intercambiaban perplejas miradas.

—¿Se han vuelto locos? ¿Qué significa...?

El enfermero enmudeció al verse encañonado por uno de los individuos. Con una Super Star con tubo silenciador acoplado al cañón.

—Subid a la ambulancia. A la parte trasera.

—Pero...

—¡Obedeced, maldita sea!

Eddie Reynolds contemplaba todo aquello con estupor. Agazapado en el interior del Mercury. Las voces, aunque lejanas, le llegaban audibles.

Presenció cómo los dos enfermeros y el conductor subían a la parte trasera de la ambulancia. Encañonados por el individuo. Los otros dos hombres, con la camilla, habían penetrado en el callejón. Aparecieron a los pocos minutos portando el ensangrentado cuerpo de Freddy.

—Id hacia el rincón —indicó el de la Super Star a los enfermeros y conductor—. Al fondo. Eso es. Quietos un momento.

Eddie Reynolds respingó en el asiento con una mueca de

incredulidad reflejada en el rostro.

El individuo estaba disparando.

Tres detonaciones ahogadas por el silenciador.

Fue como el descorchar de tres botellas de champán.

—¡Rápido! —exclamó el hombre de la Super Star a sus compañeros—. ¡Metedlo dentro!

Los dos individuos introdujeron la camilla en la ambulancia. Ni se inmutaron al contemplar los tres cadáveres.

—¡Burton!

El individuo que permanecía al volante del Pontiac asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Sí, Ridley?

—Sube al apartamento de Maggie y registra todo palmo a palmo. Yo echaré un vistazo al callejón y la escalera de incendios.

—¿Qué hacemos nosotros? —interrogó uno de los individuos desde el interior de la ambulancia.

—Largaos y dejad la ambulancia lejos de aquí. Registrad también a Freddy. Si no lleva nada encima, arrojad su cadáver a los vertederos de basura de Alma Hill.

* * *

El individuo tecleó con el dedo índice sobre el cristal.

Marty Whitmore esbozó una sonrisa. Se ladeó en el asiento para correr el cristal con la zurda.

—¿Qué te ocurre, Jack? ¿No te agrada la compañía de cuatro fiambres?

Jack Swanson también sonrió. Ni en un cementerio hubiera parpadeado. No era individuo fácil de impresionar. Su sucia conciencia le cortaba todo sentimiento.

—¿Por dónde vamos?

—Estamos en Rice Street. Pronto llegaremos a Alma Hill.

—Antes vamos a parar en un lugar tranquilo, Marty.

—¿Por qué?

—Tenemos un moscón.

Marty Whitmore fijó de inmediato la mirada en el espejo retrovisor exterior. Divisó a lo lejos los faros de un auto.

—¿Estás seguro, Jack?

—Me percaté de ello en la Bern Avenue. Desde entonces nos sigue. Puede incluso que desde el mismo Weir Road. No lo sé. Me entretuve registrando a Freddy Reynolds.

—Vamos a salir de dudas.

Whitmore giró el volante.

Desviándose de Rice Street y entrando por una de las bocacalles. Tráfico nulo. Calles solitarias. Débilmente iluminadas. En aquella zona de los arrabales de Chicago, y máxime a avanzadas horas de la noche, nadie deambulaba por las calles.

Marty Whitmore amplió la sonrisa.

Con los ojos fijos en el espejo retrovisor.

—Si, diablos. El moscón nos sigue.

—¿Quién puede ser?

Whitmore no respondió. Fue aminorando la marcha hasta detener la ambulancia frente a una casa deshabitada. A pocas yardas de uno de los escasos postes de luz. Justo en el cruce de las estrechas calles.

Marty Whitmore descendió del vehículo siendo imitado a los pocos segundos por su compañero.

Los dos individuos desaparecieron tras una de las esquinas.

Eddie Reynolds detuvo el Mercury a prudente distancia. Apagó los faros del auto. Su espera fue corta.

Había visto salir a los dos hombres de la ambulancia y doblar una de las esquinas.

No les vio aparecer a su espalda.

Whitmore y Swanson se deslizaron como gatos.

Surgieron súbitamente a ambos lados del Mercury.

—Buenas noches, hermano —sonrió Marty Whitmore, apoyando el cañón de una Luger en la sien de Reynolds—. ¿Qué haces tan lejos de la casita?

Eddie Reynolds tragó saliva.

Impresionado por el frío contacto de la automática.

—¿Qué quieren?

—¿Qué queremos? ¿Has oído, Jack? ¡Pregunta qué queremos! Eres tú quien va a decirnos...

El individuo había apartado ligeramente el cañón.

Y Eddie Reynolds aprovechó la oportunidad.

Abrió bruscamente la portezuela del Mercury sorprendiendo a

Marty Whitmore. Éste retrocedió ante la violencia del impacto cayendo aparatosamente. Cuando quiso reaccionar, ya Reynolds se había abalanzado sobre él. Le sujetó con ambas manos la cabeza golpeándola sobre el asfalto.

Le arrebató el arma girando con rapidez.

Jack Swanson, ante el ataque a su compañero, había llevado la diestra a la funda sobaquera. Apoderándose de un revólver. Apoyado sobre la carrocería del Mercury se disponía a disparar sobre Reynolds. Esperando el momento apropiado para no herir a su compañero.

Y esa demora le resultó fatal.

Eddie Reynolds se le adelantó apretando el gatillo de la Luger.

El proyectil alcanzó a Jack Swanson en la frente. Casi entre ceja y ceja. Cayó con violencia hacia atrás quedando con los brazos en cruz en el centro de la calzada.

Eddie Reynolds permaneció inmóvil durante unos instantes. Con la humeante Luger en la diestra. Con el brazo extendido. Era la primera vez que mataba a un hombre.

Y se sorprendió al no experimentar sensación alguna.

A no ser...

Sí.

Una cierta repugnancia. Como si hubiera aplastado a una enorme y repulsiva cucaracha.

En su mente estaba viva la imagen de Freddy. La de un muchacho de diecisiete años convertido en una piltrafa humana. Enloquecido por las drogas. Conducido al más horrible de los abismos por individuos como el que acababa de dar muerte.

Era ya una fría y alucinante estadística. Noticia habitual en la prensa. Jóvenes muertos por sobredosis de heroína. Muchachos. Casi niños. Chicas de quince años dedicadas a la prostitución para conseguir su ración de heroína. Muchachos embrutecidos y capaces de llegar al crimen por obtener dinero suficiente para el diario suministro de veneno.

Y aquella canalla era la culpable.

De ahí que Eddie Reynolds contemplara con escalofriante indiferencia al cadáver tendido sobre el asfalto.

Giró hacia el otro individuo que continuaba sin sentido.

Comenzó a registrarle los bolsillos. Se apoderó de un cargador

para la automática. Encontró la documentación del individuo. Marty Whitmore. Cuarenta y dos años de edad. Nacido en Rockford, Illinois. También encontró varias cartulinas anunciadoras del Silver Star. Un centro de diversión para la juventud. Discoteca, *snack*, juegos electrónicos, cinema... Un local emplazado en el populoso Barrio Home.

Desconocido para Eddie Reynolds.

Sin duda construido durante su temporada en Katt Hill.

Un ahogado gemido hizo que Eddie Reynolds fijara su mirada en el rostro del individuo.

Marty Whitmore estaba despertando.

Y lo primero que vieron sus ojos fue el cañón de la automática Luger empuñada por Reynolds.

—¿Sabes rezar, Marty?

—¿Quién... quién eres?

El movimiento de Reynolds fue rápido. Golpeó con el cañón de la automática el rostro del individuo. El punto de mira dibujó un surco sanguinolento en la mejilla derecha de Whitmore.

—Soy el que hace las preguntas, Marty. Y tú respondes. Quiero saber dónde está Maggie Blythe. Tengo algo pendiente con ella.

—No... no lo sé. Su domicilio es el...

—Conozco su domicilio —interrumpió Reynolds, con fría sonrisa—. Allí sólo estaba Freddy. Mi hermano Freddy. Con los paquetes de heroína que tú y tus compañeros buscáis. ¿Comprendes ahora mi interés en Maggie?

—¿Eres... eres el hermano de Freddy?

—Te doy tres segundos para responder a mi pregunta. Y si no hablas, te enviaré al infierno de un balazo.

Eddie Reynolds casi clavó el cañón de la Luger bajo la barbilla del pálido individuo.

—Está... está en un motel. En el Tyler Motel. En la cabaña número catorce.

—¿No me mientes, Marty?

—Juro que...

Reynolds no le dejó terminar.

Ahora fue con la culata de la automática. En la cabeza de Marty Whitmore. Dejándole nuevamente sin sentido.

Eddie Reynolds se incorporó acudiendo hacia el interior del

Mercury. Recorrió el corto trayecto que le separaba hasta llegar a la ambulancia.

Descendió del auto.

Abrió la portezuela trasera de la ambulancia. Automáticamente se iluminó el interior del vehículo, ofreciendo a los ojos de Reynolds la macabra escena.

Los dos enfermeros y el conductor de la ambulancia estaban al fondo. Uno sobre otro. En grotescas posturas. Ya era un gran charco de sangre el formado en el suelo.

Y Freddy en la camilla. Sobre uno de los camastros de la ambulancia. Le habían desnudado. En desesperada búsqueda de los envoltorios de heroína.

Eddie Reynolds cerró nuevamente la portezuela de la ambulancia.

Se situó al volante del Mercury, aunque con intención de detenerse ante la primera cabina telefónica. Comunicaría anónimamente con la policía para que se hicieran cargo de los cadáveres.

El debía seguir tras la pista de Maggie.

Le haría pagar el daño causado a Freddy. Y no sólo pagaría Maggie, también los demás. Los que comerciaban con la heroína. Los que convertían a jóvenes en piltrafas humanas.

Una organización.

Sin duda el Sindicato del Vicio.

Eddie Reynolds no temía enfrentarse a ellos. Le perseguía la policía. Bajo la acusación de asesinato.

Ya no tenía nada que perder.

CAPÍTULO VIII

Eddie Reynolds estacionó el Mercury en el *parking* del motel.

El luminoso de neón de la entrada continuaba parpadeando con sus multicolores letras anunciadoras del Tyler Motel. Las cabañas formaban un amplio semicírculo. En forma de herradura. El establecimiento se situaba entre Summit y Bridge View. A poca distancia del Chicago Midway Airport.

Reynolds descendió del auto.

Frente a la caseta de recepción se hallaban dos vehículos. Sin duda clientes en demanda de alojamiento.

Eddie Reynolds avanzó hacia las cabañas, en busca de la señalizada con el número catorce. Cuatro postes de luz en la explanada. Ninguna otra iluminación, a excepción de los pilotos emplazados en el porche de cada una de las cabañas. La negra noche extendía un lúgubre manto carente de luna y estrellas.

Muy pocas cabañas con luz en el interior.

El sueño ya había vencido a la mayoría de los clientes del motel.

Eddie Reynolds localizó la cabaña número catorce. Y estaba iluminada en su interior. El fino cortinaje del ventanal principal dejaba pasar la luz.

La mueca de una sonrisa se reflejó en el rostro de Reynolds.

Se situó frente a la puerta de entrada.

Su diestra fue hacia el costado izquierdo apoderándose de la Luger. Y con el cañón de la automática golpeó en la puerta.

Una sola vez.

La hoja de madera se entreabrió levemente.

Eddie Reynolds quedó unos instantes inmóvil. Sorprendido de que la puerta permaneciera abierta. La empujó con la zurda. La mano derecha aprisionando con fuerza la culata de la Luger.

La cabaña estaba dotada de reducido *living*, cocina comedor y dormitorio con baño.

Reynolds, desde el *living*, divisó la cocina-comedor situada al frente. A la izquierda quedaba el dormitorio.

Avanzó.

Sigiloso.

Había luz en el dormitorio. El resquicio bajo el marco de la puerta destacaba poderosamente en la oscuridad del *living*.

Eddie Reynolds hizo girar el pomo.

Muy suavemente.

Fue entreabriendo la puerta. Divisó el lecho. Y una mueca de estupor se reflejó en Reynolds. Parpadeó incrédulo. Su capacidad de reacción fue rápida. Penetró en la estancia.

Avanzó unos pasos.

Sin apartar la mirada del lecho.

Allí estaba Maggie Blythe.

Sí.

La recordaba. Pese al tiempo transcurrido... y pese al lamentable estado físico en que se encontraba la mujer.

Maggie estaba totalmente desnuda. Los brazos extendidos. Las muñecas atadas a los barrotes de la cama, al igual que los tobillos. Una cinta adhesiva taponaba la boca femenina. Tenía los pómulos hinchados. Amaratados. Sangraba por las cejas y la nariz. Sus senos eran breves, como medias manzanas. Piel fina, de un intenso bronceado.

Una aterciopelada piel que acusaba varios círculos negruzcos. En los senos, en el vientre, en los muslos...

Quemaduras producidas por cigarrillos.

Maggie estaba inerte. Los ojos cerrados. Sólo un tenue subir y bajar de sus senos evidenciaba que seguía con vida.

Eddie Reynolds se sentó al borde del lecho depositando la Luger sobre la mesa de noche. Tendió sus manos hacia el rostro femenino para quitar la cinta adhesiva que taponaba la boca de Maggie.

La mujer abrió entonces los ojos.

Su rostro se desencajó en una indescriptible mueca de terror.

—Tranquila, Maggie. No voy a hacerte daño.

La mujer parpadeó repetidamente.

Contemplando perpleja a Reynolds.

—¿Me recuerdas, Maggie?, soy Eddie Reynolds. El hermano de Freddy.

Un ahogado gemido brotó de Maggie al serle desprendida la cinta adhesiva. También tenía los labios hinchados. Sangrantes.

—Por favor, sácame de aquí.

—¿Quién te ha hecho esto, Maggie? —inquirió Reynolds, procediendo a quitar las ataduras de la mano derecha—. ¿Por qué?

—Ellos... ellos van a volver. Tienes que sacarme de...

El terror se reflejó en Maggie.

Desorbitando los ojos.

Eddie Reynolds tendió su diestra hacia la Luger.

—¡Quieto, hermano! —advirtió una voz.

Reynolds obedeció.

Retiró su mano derecha a la vez que se incorporaba y giraba lentamente hacia la puerta.

Dos individuos habían hecho su aparición en la estancia. Y ambos con un revólver en la diestra. Encañonando a Reynolds.

—No se te puede dejar sola, Maggie —rió uno de los individuos—. Ni tan siquiera unos minutos. Eres una furcia de categoría. En seguida encuentras cliente.

—Te equivocas, Alan —respondió el otro individuo coreando la risa de su compañero—. Maggie no ha provocado a nadie. No está en condiciones de hacerlo. —Un entrometido.

—Correcto, Alan. Un entrometido. ¿Cuál es tu nombre, entrometido? ¿Qué haces aquí?

Eddie Reynolds forzó una sonrisa.

—He sufrido un error. Me equivoqué de cabaña. El llamado Alan movió afirmativamente la cabeza. Sin dejar de sonreír, aunque delatando en su mirada un cruel destello.

—Una gran verdad, hermano. Has cometido un error. Un grave error del que vas a arrepentirte.

—¡Su nombre es Eddie Reynolds! —exclamó Maggie, con extraña voz. Desfigurada por una bocanada de sangre—. ¡Es el hermano de Freddy!

Los dos individuos intercambiaron una perpleja mirada.

—¿El hermano de...?

Eddie Reynolds quiso aprovechar aquel momento.

Y se lanzó sobre el más próximo de los individuos. Con intención

de arrebatarse el revólver.

No lo consiguió.

El individuo no se dejó sorprender. Se ladeó esquivando la acometida de Reynolds. Correspondiendo con un golpe al costado izquierdo, con el cañón del revólver.

Eddie Reynolds cayó al suelo con ronco grito de dolor.

Quedó a cuatro manos.

Por muy poco tiempo.

Ahora fue Alan el que acudió para propinarle un violento puntapié. Reynolds rodó por el suelo hasta tropezar contra una de las paredes. Allí fue de nuevo castigado por Alan. Éste le pisoteó el estómago alternando con patadones al costado y al bajo vientre. Su compañero tampoco permaneció inactivo. Centrando sus patadas a la cabeza de Reynolds.

Los dos individuos riendo a carcajadas.

Con cruel sadismo.

—Le vamos a... ¡Cuidado, Alan!

El individuo giró.

Esquivando milagrosamente el proyectil. Una bala que le rozó la sien obligándole a cerrar instintivamente los ojos. Sin reaccionar al súbito ataque de Maggie.

La mujer se había apoderado de la Luger y disparado sobre Alan. Ya no pudo hacer nada más. El otro individuo sí reaccionó.

Apretando el gatillo de su revólver.

Una y otra vez.

Tres detonaciones.

Maggie se sacudió en el lecho al recibir los impactos. Sujeta por los tobillos y con el brazo izquierdo aún extendido e inmovilizado a uno de los barrotes, fue recibiendo uno a uno los proyectiles. Su cuerpo se agitó en violentos espasmos para seguidamente quedar rígido. Con los ojos muy abiertos. El rostro desencajado. Con tres negruzcos orificios en el pecho. Tres disparos casi a quemarropa. Tres orificios que se convirtieron en manantiales de sangre.

—Maldita furcia. Casi me vuela la cabeza.

—No hay que fiarse de las mujeres, Alan —rió el individuo.

—Esto no le gustará al jefe.

—Tranquilo. Maggie estaba sentenciada. Y empiezo a creer que nos dijo la verdad. Ella era ajena a lo de Freddy.

—Tenemos ahora al hermano de Freddy. A él le... ¡Por todos los diablos! ¡Se escapa!

Eddie Reynolds había ido gateando hacia la puerta. Al llegar al *living* se incorporó dominando el lacerante dolor en el costado y bajo vientre. Tomó la llave de la puerta de la cabaña.

Justo en el momento en que los dos individuos salían de la habitación.

Reynolds, ya bajo el porche, cerró precipitadamente la puerta de la cabaña haciendo girar la llave. Percibió cómo los dos individuos golpeaban en la hoja de madera.

Corrió hacia el *parking*.

Los golpes en la puerta quebraron el silencio reinante en el motel. Y también los disparos. Dos disparos contra el cierre.

Los dos individuos salieron al porche cuando Eddie Reynolds ya había conseguido iniciar la marcha del Mercury.

Y como una exhalación abandonó el Tyler Motel.

* * *

Estaba cansado.

Sin fuerzas.

Desde su salida de Katt Hill, todo había sido como una horrible pesadilla. Julie Malvern, Freddy, la ambulancia, Maggie...

Sangre y más sangre.

Cadáveres y más cadáveres.

Eddie Reynolds había estacionado el Mercury. Continuaba al volante del vehículo. Con un cigarrillo en los labios. Succionando pausadamente. Cada exhalación le originaba una dolorosa punzada en el costado.

Se contempló en el espejo retrovisor interior.

Tenía la ceja izquierda rota. Un hilillo de sangre le resbalaba desde la frente a la barbilla. Imposible contener aquella hemorragia. También sangraba por la nariz. Aquellos dos bastardos le habían coceado como mulas. Puede incluso que tuviera alguna costilla rota.

La chaqueta y el pantalón, la elegante vestimenta del no menos bastardo Luke Biberman, con manchas de sangre por doquier.

Eddie Reynolds siguió fumando.

Ahora su mirada había quedado fija en una de las casas

cercanas.

Empezó a sentir náuseas. Todo giraba vertiginosamente a su alrededor. Arrojó el cigarrillo para sujetarse con ambas manos la cabeza.

Se encontraba mal.

Muy mal.

Permaneció largos minutos en el interior del Mercury. Hasta que tomó la decisión. No lo pensó más. Tenía que arriesgarse.

Descendió del vehículo.

Afortunadamente, y dado lo avanzado de la noche, la calle aparecía solitaria. Incluso el servicio de limpieza nocturno ya había realizado su recorrido.

Con torpe y vacilante paso se introdujo en el edificio. Fue hacia el ascensor. Pulsó el mando correspondiente a la planta nueve.

Abandonó la cabina adentrándose por el largo corredor.

Se detuvo frente a una de las puertas. Tras accionar el llamador, se apoyó en la pared. Sintiendo que las fuerzas le abandonaban por momentos.

Percibió cómo era observado por la mirilla de la puerta.

Esbozó una sonrisa.

Consciente de que aquella puerta no se iba a abrir. Había sido un estúpido al creer que...

Sí.

La puerta se abrió.

Y asomó el perplejo rostro de Sharon Hardy.

Eddie Reynolds se esforzó en ampliar la sonrisa.

—Hola, Sharon, ¿hay cobijo para jóvenes maltratados?

CAPÍTULO IX

Fue el olor a café.

Un intenso y estimulante olor a café lo que hizo despertar a Eddie Reynolds.

Parpadeó repetidamente a la vez que extendía los brazos tanteando por el lecho. Al menos estaba solo. No compartía la cama con ningún cadáver.

Y tampoco estaba en una celda.

Se encontraba en una confortable habitación y sobre mullido lecho. La persiana, aunque baja, dejaba filtrar por entre sus rendijas la claridad del día.

Reynolds consultó el reloj.

Faltaban pocos minutos para las doce del mediodía.

Al apartar la sábana e incorporarse del lecho se percató de que lucía un pijama de seda. Junto con un vendaje en el pecho. Y también descubrió que no tenía dolor alguno en el costado.

En la mesa de noche eran visibles varios frascos, vendas y *spray*.

Eddie Reynolds quedó unos instantes pensativo. Con la mirada fija en la bata de seda y el juego de ropa interior depositados sobre una de las sillas.

Recordaba vagamente su entrada en el apartamento de Sharon Hardy. Casi flotando. Como si caminara entre nubes. La muchacha le hizo una primera cura en el rostro. Cerró la herida de su ceja izquierda. Luego le dio algo de beber...

¿Y después?

Reynolds ya no recordaba más.

Su última imagen memorizada era el bello rostro de Sharon. La joven que se había comportado como una perfecta samaritana. Y sin dar aviso a la policía. Al menos de momento.

Eddie Reynolds fue al antiguo cuarto de baño. Allí encontró utensilios de afeitado. Máquina eléctrica, crema, navaja, loción...

Entornó los ojos.

Súbitamente retornó al dormitorio dirigiendo sus pasos hacia el armario. Al deslizar la hoja del mueble descubrió cuatro o cinco trajes masculinos. Así como camisas, corbatas y juegos de ropa interior aún precintados.

Ahogó un suspiro.

Sin poder evitar una cierta desilusión. Había alguien en la vida de Sharon Hardy. Un hombre.

Reynolds se introdujo de nuevo en el cuarto de baño. Mientras se afeitaba comprobó las perfectas curas realizadas en su rostro. Sí se acusaban los efectos de la paliza, pero habían sido tratados con mano experta. Al igual que el vendaje del pecho. Delatando una cierta profesionalidad.

Terminado el aseo fue hacia la mesa de noche en busca de la cajetilla de tabaco. Allí estaba su documentación y objetos personales. Junto con un fajo de billetes. Dos mil dólares. El resto, en unión de las joyas, lo tenía en el apartamento alquilado.

Escuchó el cerrar de una puerta.

Y unos pasos.

A los pocos segundos unos discretos golpes en la puerta de la habitación. Se entreabrió la hoja de madera. Sin esperar la autorización de Reynolds.

Apareció Sharon.

Sonriente.

Portando una voluminosa caja rectangular.

—Buenos días. Eddie. ¿Cómo te encuentras?

Reynolds no respondió. La belleza de Sharon parecía haberle dejado sin habla. Lucía una romántica blusa de escote redondo con remates pasamanería y falda plisada a cuadros lurex plata, abierta con abotonadura lateral.

Sharon depositó la caja sobre una de las sillas. Junto con los periódicos del día y un par de revistas.

Un ligero rubor bañó las mejillas femeninas.

Consciente de la intensa mirada de Reynolds.

—Aquí tienes un traje, camisa y corbata. Espero haber acertado en la medida. Voy a retirar el café.

—Sharon...

—Te espero en la cocina, Eddie.

La muchacha abandonó casi precipitadamente la habitación.

Eddie Reynolds procedió a vestirse. Chaqueta *sport* Cheviot con coderas de ante en las mangas, pantalón de franela y camisa a juego. Repartió por los bolsillos sus objetos personales. Echando de menos la Luger. Se había acostumbrado a aquel duro contacto bajo el cinturón.

Recogió los periódicos y revistas.

Abandonó la estancia encaminando sus pasos hacia la cocina. Guiado por el aromático y penetrante olor del café.

Sharon estaba preparando un succulento desayuno.

—Toma asiento, Eddie. Te aconsejo consultes los periódicos después de comer. Así no se te quitará el apetito.

—Lo dudo —sonrió Reynolds, sentándose a la mesa y abriendo el primero de los periódicos—. ¿Por dónde empiezo?

—La última edición del *Chicago Tribune* es la más completa.

—Te conté todo lo ocurrido, ¿verdad, Sharon?

La muchacha giró enfrentando su mirada a la de Reynolds.

—Sí, Eddie. Lo del *bungalow* de Askew Creek y lo de Freddy. Lo de Maggie... Todo. Ayer, dado tu lamentable estado físico, llegué a creer que estabas delirando. Hoy los periódicos confirman lo ocurrido.

—¿Das crédito a mis palabras, Sharon?

—Por supuesto. En caso contrario hubiera dado aviso a la policía. Y sin abrirte la puerta de mi apartamento.

—Te doy las gracias, Sharon. No volveré a burlarme jamás de las organizaciones tipo Comité de Jóvenes Desaparecidos. Eres maravillosa. Y lamento involucrarte en mis problemas. Ayer... ayer no tenía a quién recurrir. Estaba destrozado. Física y moralmente. Dudé mucho antes de decidirme por venir.

—No pude ayudar a Freddy. Fracasé. Tranquilizo mi conciencia ayudándote a ti. Eso es todo.

Reynolds sonrió.

En amarga mueca.

—No, Sharon. No fracasaste con Freddy. Ya estaba perdido. Hundido por completo en el fango.

—La muerte de Maggie Blythe... No la menciona ninguno de los

periódicos. Ni en sus últimas ediciones. Nada parece haber ocurrido en el Tyler Motel.

—Es fácil desembarazarse de un cadáver —respondió Reynolds, pasando las hojas del *Chicago Tribune*—. Sin que aparezca jamás. Eso pensaban hacer con Freddy, arrojar su cuerpo a los trituradores de basura. Puede que ese haya sido el final de Maggie.

—La policía no ha detenido a Marty Whitmore, el hombre que dejaste sin sentido. Nadie puede desmentir su declaración. Asegura que iba con Jack Swanson, fue súbitamente atacado por un desconocido. Un hombre que le disparó mortalmente. Marty Whitmore fue golpeado. No sabe más. Nada relacionado con los muertos encontrados en el interior de la ambulancia.

Reynolds sonrió más abiertamente.

—Al menos no ha pronunciado mi nombre.

—No lo consideró prudente, Eddie. ¿No lo comprendes? Te quieren cazar ellos. Y no sólo para recuperar la heroína, sino para silenciar tu boca. Eres un testigo molesto. Tú presenciaste los asesinatos de los enfermeros y del conductor de la ambulancia. Te han sentenciado.

—Lo sé.

—Eddie, ¿por qué no te entregas a la policía?

Reynolds terminó de consumir el primero de los platos servidos. Tras beber un largo trago de café, denegó con un movimiento de cabeza.

—He pasado dos años en prisión, Sharon. Por un delito no cometido. Por ayudar a Freddy. Era una buena causa, aunque lamentablemente de nada sirvió. ¿Pagar ahora por el crimen de otro? No, Sharon. No lo soportaría. Katt Hill es un infierno. Y me consta que existen prisiones aún peores que la de Katt Hill. Prefiero morir de un balazo por los del Sindicato del Vicio. No volveré a...

Reynolds enmudeció.

Su mirada había quedado fija en la portada de una de las revistas. Un primer plano del rostro de un individuo. Un hombre joven. De atractivas facciones.

—¿Ocurre algo, Eddie?

—Éste... este hombre... ¿quién es?

—Charles Sandrich. El esposo de Julie Malvern. El desconsolado viudo. Se habló mucho de Charles Sandrich por su matrimonio con

la todopoderosa Julie Malvern. Se le consideró un cazador de fortunas. Un hombre joven, atractivo... unido a una mujer ya madura y de reducido encanto físico. Un buen sospechoso, ¿verdad, Eddie? Sólo que Charles Sandrich se encontraba a muchas millas del lugar del crimen. En Springfield. Allí pasó la noche. En el apartamento de una amiga. Una tal Emma Davis.

—¿Tienes un rotulador?

—¿Un rotulador? Sí.

Sharon le ofreció una caja con un juego de Roller Ball.

Eddie Reynolds comenzó a dibujar sobre aquel rostro de la portada. Alargando las patillas, reduciendo los pómulos y el mentón, cambiando el color de los ojos y el cabello...

—Aquí le tienes, Sharon. Aquí tienes a Luke Biberman.

—¿Quieres decir?

—Sí, Sharon. Éste es el individuo que me recogió a mi salida de Katt Hill. El que me llevó al *bungalow* de Askew Creek... y el que mató a Julie Malvern: Charles Sandrich. Es fácil cambiar el color de los ojos con unas lentillas de contacto, un tinte en el cabello, unos postizos en los pómulos...

—Dios mío, Emma Davis es maquilladora. Lo menciona la Prensa. Comenta que Charles Sandrich pasó la noche con la empleada de un salón de belleza. Una maquilladora llamada Emma Davis.

—Su cómplice en el asesinato de Julie Malvern.

—¡Ahora sí puedes entregarte a la policía, Eddie!

—¿De veras? —rió Reynolds, agriamente—. ¿Y quién va a creer mi historia? La de un ex presidiario que ha plagado con sus huellas dactilares el *bungalow* de Askew Creek. Mis huellas en el arma homicida, mis huellas en el atizador que forzó la puerta de entrada, mis ropas con la sangre de la víctima y la desaparición de joyas y dinero. Nada ha cambiado para mí. El fiscal más torpe saltaría de entusiasmo ante semejante caso. No tengo ninguna posibilidad. Emma Davis, por su condición de cómplice, apoyará la coartada de Charles Sandrich, afirmando que pasaron juntos la noche. Yo nada puedo probar.

—Mencionaste haber tomado unas copas en Kattsville.

—Oh, sí, en un club deliberadamente seleccionado por Charles Sandrich. Un local casi sin iluminación. No identificarían a Charles

Sandrich. Ni tan siquiera a Luke Biberman.

—¿Qué piensas hacer, Eddie?

Reynolds se había incorporado.

Se aproximó a la joven.

—Darte otra vez las gracias, Sharon. Eres lo más maravilloso que se ha cruzado en mi camino. Desde mi salida de Katt Hill me he visto rodeado por un círculo de sangre. Tú has sido el único ángel...

Reynolds abarcó entre sus manos el rostro femenino.

La besó en los labios.

—Eddie...

—Adiós, Sharon.

—Vas a enfrentarte a ellos, ¿no es cierto?

—Nada tengo que perder, Sharon. Si consigo aplastar a una de esas miserables ratas, me daré por satisfecho. Es lo menos que puedo hacer en memoria de Freddy.

—Espera.

Sharon salió al *living*.

En compañía de Reynolds.

La muchacha abrió uno de los cajones del mueble de entrada. Ofreciendo a los incrédulos ojos de Reynolds una pistola. Una Wilkinson «Diane» de artísticas cachas. Calibre veintidós. Como un juguete.

—Está cargada, Eddie. Ocho disparos.

Reynolds tomó el arma.

Contemplando fijamente a Sharon.

Reflejándose en los bellos ojos femeninos.

—¿Es un regalo de él?

—¿De él? —Parpadeó Sharon—. ¿A quién te refieres?

—Al hombre que comparte tu apartamento. He visto el armario con ropas masculinas.

La joven esbozó una sonrisa.

—No comparto el apartamento con nadie. Esa ropa pertenece a mi hermano. En ocasiones, fatigado del trabajo, se deja caer por aquí. Éste es un refugio secreto. Mi hermano es policía, Eddie.

—¿Policía? —Respingó Reynolds.

Volvieron a enfrentar sus miradas.

—Sí, Eddie. Pertenece al Departamento de Homicidios.

CAPÍTULO X

Silver Star.

Un solo bloque. Con dos entradas principales. En la planta baja el salón de juegos electrónicos y la discoteca. En la primera planta el cinema y el local de cabinas-video. Junto con un amplio *snack*. En el segundo piso una especie de *drugstore*. Todo única y exclusivamente para la juventud. Y una espaciosa tienda de discos y cassettes. En la tercera planta se emplazaba el teatro. Los ídolos más representativos actuaban en el escenario del Silver Star.

Un moderno edificio con *parking* subterráneo. Con una decoración futurista. Sicodélica. Con paneles de electroluminiscencia, paredes insonorizadas y todo tipo de avances técnicos.

Eddie Reynolds permaneció unos instantes frente a la puerta de entrada.

Admirando el bloque.

Un gran alarde para una zona como Barrio Home. Y sin duda un fabuloso negocio. Al menos la primera de las salas, la de máquinas tragaperras y juegos electrónicos, aparecía muy concurrida en aquellas primeras horas de la tarde.

Reynolds deambuló por el amplio salón.

Máquinas de todo tipo. De azar y de competición.

Desde las clásicas de flippers hasta las más sofisticadas. Una gran variedad. Las naves marcianas ya habían quedado desfasadas. Ahora se combatía en las galaxias. Las sempiternas máquinas destructoras de aviones nazis sí continuaban vigentes. Aviones, barcos, submarinos, tanques, soldados, guerrillas...

Un joven melenudo sonreía con morboso placer al accionar el mando de disparo. Y lanzaba un grito de entusiasmo al alcanzar el

blanco.

El ruido reinante en la sala era ensordecedor.

Extraños sonidos de naves invasoras, aviones derribados, missiles, bolas impulsadas por flippers... Todo ello en alucinante orquesta.

No todos eran jóvenes melenudos y manifalderas. También había gente madura. Hombres y mujeres. De elegante vestimenta.

Fue al salir de la sala de juegos electrónicos. Mientras dudaba en acudir a la discoteca o subir a la primera planta.

Se le acercó un individuo.

Un individuo que reconoció al instante.

El hombre de la Super Star. El individuo que disparó fríamente sobre los enfermeros y el conductor de la ambulancia.

—Buenas tardes, señor Reynolds. ¿Se divierte?

Eddie Reynolds sonrió.

Duramente.

—No del todo.

—Necesita un cicerone. Mi nombre es Ridley Wallace. Soy uno de los encargados del Silver Star. Estamos muy orgullosos de su visita. ¿Quiere firmar en el libro de honor? No todos los días nos visita el hombre más buscado por la policía.

—Debes perder toda timidez, Ridley. Lo tuyo también fue algo grande. La dotación de una ambulancia. Los dos enfermeros y el conductor. No está nada mal. Aunque apuesto que ya eres veterano.

Ridley Wallace empuñó los ojos.

Esforzándose en ocultar el peligroso destello que asomó a sus pupilas.

—El libro de honor está en el despacho del jefe. ¿Quiere acompañarme, Reynolds?

—Por supuesto.

Eddie Reynolds siguió al individuo.

Hacia el recodo de uno de los corredores. Allí se emplazaba el ascensor privado que Wallace abrió mediante un mando control.

Se introdujeron en la cabina.

Se detuvo en la última planta del edificio. Comunicando directamente con un amplio y lujoso despacho. De acristalado mirador. Mesa escritorio semicircular. Suelo enmoquetado. Un mueble biblioteca en rica madera a juego con el archivador.

Un individuo tras la mesa escritorio.

Un hombre de unos cincuenta años de edad. Rostro de angulosas facciones. Con lentes de montura de oro. El labio superior adornado por un bigote de finas guías.

El individuo no estaba solo.

Le escoltaban dos gorilas. Identificados por Reynolds como los dos hombres que, en unión de Ridley Wallace, atacaron la ambulancia.

—Tome asiento, Reynolds —sonrió cordial el individuo acomodado tras la mesa escritorio—. Vamos a tutearnos, ¿de acuerdo? Mi nombre es Brian Haskin. Creo que ya conoces a los demás. Te has relacionado con varios de mis hombres. Marty Whitmore no está presente. Le hemos llevado al hospital. Cuando le sacamos de la Metropolitan Pólice parecía delirar. Hablando del hermano de Freddy y contando cosas fabulosas. Su estancia en el hospital será breve, aunque le machacaste la cabeza a conciencia.

Reynolds correspondió a la sonrisa del individuo.

—No lo dudo. Casi quedó abollado el cañón del revólver.

—Ya que lo mencionas, ¿has registrado a nuestro invitado, Ridley?

Wallace se adelantó unos pasos.

Procedió a cachear a Reynolds.

Sin encontrarle arma alguna.

—Perfecto, amigo Eddie —dijo Brian Haskin, moviendo la cabeza—. Eso significa que vienes en son de paz. Sin duda guiado por las tarjetas del Silver Star. No te ha fallado el olfato. Aquí encontrarás la respuesta a todo. Yo controlo Silver Star.

—¿Sólo el Silver Star?

—Es uno de los negocios de nuestra organización. Estoy descubriendo mi juego, Eddie. Como una muestra de confianza. Soy miembro del Sindicato del Vicio. Una de las ramificaciones de la Mafia. ¿Te das cuenta, Eddie? No es prudente enfrentarse a nosotros.

—¿Lo hizo mi hermano Freddy?

Brian Haskin ahogó un suspiro.

Hizo una seña a Burton Cambell, situado junto al mueble, para que aproximara una botella de *whisky* y dos vasos.

—Lo ocurrido con Freddy fue una gran desgracia, y soy el

primero en lamentarla. Nuestra red de distribución de drogas se fundamenta principalmente en la captación de nuevos clientes. Y para ello necesitamos de un campo bien abonado. ¿Qué mejor medio que una juventud descontenta y ávida de escapar de la rutina? Primero el cebo del sexo. Tu hermano Freddy, hace dos años, cayó en las redes de Maggie. Resultó sencillo. Un jovencito de quince años en brazos de una seductora y experta mujer. Le introdujo en el mundo de las drogas. Y Freddy hubiera sido uno más en comercializar la droga. Sólo que tú le internaste y cargaste con su culpa.

Brian Haskin tomó el vaso de *whisky*.

Bebió un pequeño sorbo para seguidamente chasquear la lengua y proseguir con lenta y pausada voz:

—Otro error tuyo, Eddie. Demasiado escándalo. Eres hombre impulsivo. Tu paliza a Maggie alarmó al empleado del hotel... y el resultado, dos años en Katt Hill. Nosotros nos olvidamos de Freddy. También Maggie. La ciudad está plagada de jóvenes ávidos de sexo y droga. El Estado no se preocupa de ellos, no les proporciona un trabajo digno... y nosotros sacamos jugo de ello. Es sencillo engatusarles. Incluso transcurrido el tiempo, vuelven a nosotros.

—Como Freddy.

—Correcto. Freddy escapó del internado, pero no del embrujo de Maggie. De Maggie... o de la droga. Lo cierto es que se fue en busca de Maggie. Y entonces ocurre algo sorprendente. La muy estúpida parece enamorarse de Freddy. Posiblemente despertados sus instintos maternos. Quería a Freddy. Retenerle a su lado. Para nosotros, Freddy ya no era utilizable. Un joven fugado de un internado... no, no es utilizable. Y en contra de nuestros consejos, Maggie continuaba protegiéndole y cobijando en su apartamento.

Reynolds se decidió también por probar el *whisky*. Alargó la diestra hacia el vaso depositado sobre la mesa.

—Me consta que mi hermano Freddy quiso escapar de las garras de Maggie.

—Tal vez el día en que viera su imagen reflejada en un espejo. Maggie, para retenerle, le suministraba droga. Heroína. ¿Sabes lo que eso significa, Eddie? La heroína es una trampa mortal. Nadie consigue escapar de ella. Freddy esperaba como alma en pena su diaria ración. Y Maggie se la racionaba para tenerle a su merced,

para dominarle... temerosa de que Freddy escapara de su lado. Puede que en algún momento de lucidez intentara huir de aquel fango; pero el poder de la heroína es demasiado fuerte.

—Hasta el extremo de robarla al Sindicato del Vicio.

Una extraña mueca se reflejó en el rostro de Brian Haskin. Asintió con leve movimiento de cabeza.

—Al comprobar que Maggie perdía el tiempo con aquel muchacho, decidimos cortar el suministro de heroína a la propia Maggie. Apartarla durante una temporada del tráfico, hasta que le pasara esa absurda obsesión por Freddy. Maggie tuvo que comprar la heroína como una cliente más. Ocurrió en uno de nuestros centros de distribución. En un club. En el despacho de uno de mis agentes. Maggie conversaba amigablemente con él. La acompañaba Freddy. Al marcharse, mi agente descubrió la desaparición de varios envoltorios.

—Y fueron sentenciados a muerte.

El individuo fingió no oír el comentario de Reynolds.

—En principio dudamos de la traición. Maggie era de toda confianza. Y empiezo a creer firmemente en su inocencia. Fue torturada y siguió negando su participación en la desaparición de los envoltorios. Llegamos a la conclusión de que todo fue obra de Freddy. Parecía un asunto fácil de solucionar, cuando de pronto apareces tú. Complicándolo todo. Freddy muerto. Maggie comprometida... Sí, Eddie, ¡avisar una ambulancia desde el apartamento de Maggie! Eso no se hace. De poco sirvió a mis hombres eliminar a los de la ambulancia. En la central de urgencia ya tenían los datos del domicilio que solicitó el servicio. Involucrando así a Maggie.

—Creí más poderosa tu organización, Brian, Demasiado revuelo por unos simples envoltorios de heroína.

Haskin sonrió.

—No te burles, Eddie. Tú los tienes, ¿no es cierto? Tú estabas con Freddy en los últimos instantes de su vida.

—No tengo la heroína.

—Por supuesto que no —dijo Brian Haskin, manteniendo la sonrisa—. Había que desprenderse de ella. No se puede deambular por Chicago con los bolsillos repletos de heroína. Ni por una importante remesa de heroína comprometería yo a la organización;

pero lo otro sí es valioso. Quiero las planchas, Eddie.

Reynolds arqueó las cejas.

—¿Las planchas?

—Estoy dispuesto a hacer un trato, Eddie. Esas planchas forman parte de un plan de gran relieve. Unas planchas perfectas. Cien dólares. Billetes de cien dólares de gran perfección. Billetes falsos que ni el mejor experto detectaría. Estaban en un envoltorio. Junto con la heroína. Freddy se llevó todo. Las planchas, Eddie. Las planchas, Eddie. Las planchas... o la vida.

CAPÍTULO XI

Eddie Reynolds sabía que iba a morir.

Cuando aquellos hombres descubrieran que las planchas habían sido arrojadas a una alcantarilla, nadie daría un centavo por la piel de Reynolds.

Unas planchas para fabricar billetes de a cien.

Ahora comprendía el interés del Sindicato del Vicio. No por recuperar unos pocos envoltorios de heroína. De ahí el alarde de violencia y muerte. Aquellas planchas significaban mucho para la organización.

Eddie Reynolds estaba pensando en Sharon.

Sí.

Instintivamente su mente grabó la imagen de Sharon Hardy. Rememorando la despedida. Cuando Sharon confesó que era enfermera, miembro del Comité de Jóvenes Desaparecidos... y tenía un hermano en el Departamento de Homicidios. Nada le había dicho a su hermano. De que había refugiado en su casa al asesino de Askew Creek.

—¿Te ocurre algo, Eddie? ¿Otro *whisky*?

Reynolds parpadeó.

Fijando la mirada en el sonriente Brian Haskin.

—Estaba pensando.

—Yo te evitaré el pensar, Eddie. Voy a hacerte una oferta que no imaginas.

—¿Un millón de dólares falsos?

Haskin rió divertido.

Ridley Wallace, Burton Cambell y el otro individuo continuaban silenciosos en el despacho. Sin hacer comentario alguno ni tomar parte en la conversación.

—Te comprendo, Eddie. Con esas planchas eres poderoso, aunque se necesita una organización para llevar a cabo el proyecto. Y tú eres un hombre solo. Un hombre acosado por la policía. Eso nos preocupa, muchachos. He temido que llegaras a caer en poder de la policía antes de entrar en contacto con nosotros. Burlaste a Whitmore y Swanson, a los del Tyler Motel... Afortunadamente estamos ahora frente a frente. Te felicito por escapar de la policía.

—Soy un hombre de recursos.

—Lo has demostrado, Eddie; pero no se puede huir eternamente. ¿De qué te serviría el ser rico sin poder disfrutar de tu fortuna? Yo te ofrezco algo fabuloso a cambio de las planchas. Cien mil dólares de curso legal y la libertad para gastarlos alegremente.

—¿En qué país sudamericano?

Brian Haskin volvió a reír.

Con suficiencia.

Abrió uno de los cajones de la mesa escritorio. Extrajo un papel que tendió hacia Reynolds.

—En Chicago, Eddie. Donde quieras. Ya de nada tienes que esconderte. Echa un vistazo a ese documento.

Reynolds comenzó a leer el escrito.

Paulatinamente una mueca de estupor e incredulidad se iba apoderando de sus facciones. Parpadeó en más de una ocasión. Sin dominar su asombro.

Era una confesión. La confesión de Emma Davis. De su puño y letra. Declarándose amante y cómplice de Charles Sandrich. Narrando con todo detalle el plan para eliminar a Julie Malvern. Empezando por los motivos. La infidelidad conyugal de Charles Sandrich había sido descubierta semanas atrás por Julie Malvern. Ésta planteó el divorcio, haciendo caso omiso a los ruegos de Sandrich. La decisión era firme El divorcio. Y Charles Sandrich perdería su importante puesto en la Malvern Electric, su alto nivel de vida, las casas, los autos, el lujo a que estaba acostumbrado... De ahí el crimen. Con la complicidad de Emma Davis que le proporcionaría irrefutable coartada. Y la busca de un culpable ideal. Un hombre salido de la prisión de Katt Hill. Un ex presidiario que sería un conejillo de indias.

Todo detallado.

El maquillaje a Charles Sandrich, el narcótico al ex presidiario

en el *bungalow*, el dejar sus huellas en el arma homicida... Charles Sandrich asesinó a su propia esposa, y luego regresó a Springfield, junto a Emma. Como si nada hubiera ocurrido. En espera de que la policía le comunicara la tragedia. Sandrich continuaría con su puesto en la Malvern Electric. Con redoblado placer. Y algunas de las propiedades de la difunta Julie pasarían a su nombre.

—¿Sorprendido, Eddie? —interrogó Haskin, sonriente.

—¿Cómo..., cómo ha conseguido...?

—Somos una organización poderosa, Eddie. ¿Qué ofrecerle a cambio de las planchas? ¿Dinero? ¡Oh, no! Dinero a un individuo acusado de asesinato sería ridículo. El dinero no se disfruta en prisión. Un asesino..., ¿puede ser tan torpe? Huellas y más huellas. Investigamos a Charles Sandrich, y descubrimos que su matrimonio con Julie Malvern pendía de un hilo. Emma Davis, la perfecta coartada, llegó a Chicago procedente de Springfield. Instalándose en uno de los mejores hoteles de la ciudad. Ahora está en nuestro poder. Ha confesado. Y el propio Sandrich estará ahora más nervioso que un flan. Inquieto por la desaparición de su cómplice. La policía también es inteligente. Le apretará las clavijas y, ante la inesperada desaparición de Emma, terminará también por confesar. Este documento borrará toda acusación sobre ti, Eddie. Será tuyo. Junto con cien mil dólares. En caso contrario, se lo ofreceré a Charles Sandrich. Nos daría un pellizco por él, pero prefiero las planchas.

—No las llevo encima.

—Por supuesto, Eddie. ¿Dónde están?

Reynolds dudó.

Tenía que ganar tiempo.

Tenía que salir de allí y denunciarlo todo. Comunicarlo a la policía. Ahora sí estaba dispuesto a luchar por su inocencia.

—En un apartamento alquilado. Iré a por ellas y...

—No, muchacho —interrumpió Brian Haskin—. Tú no sales de aquí hasta que las planchas estén en mi poder.

—No hay trato. No confío en vosotros.

Haskin hizo una seña.

Casi imperceptible, aunque suficiente para Burton Cambell. Llevó su diestra al bolsillo de la chaqueta. Lentamente se ajustó en la mano derecha unos nudillos de acero.

Brian Haskin chasqueó la lengua.

—Lamento utilizar métodos violentos, Eddie; pero tú te lo has buscado. ¡Adelante, muchachos!

Los tres individuos actuaron al unísono.

Como un ejercicio ensayado infinitas veces.

Burton Cambell amagó para que fuera su compañero el que propinara un violento trallazo al estómago de Reynolds. Al mismo tiempo que Ridley Wallace atacaba por la espalda.

Llovieron los golpes.

Al estómago, costado, rostro...

Eddie Reynolds no cayó. Era sujetado por Wallace. Los nudillos de acero acoplados a la diestra de Cambell castigaban una y otra vez el costado. Su compañero le reemplazaba proyectando sus puños al rostro de Reynolds.

—Ya es suficiente —dijo Brian Haskin—. ¿Opinas lo mismo, Eddie?

Reynolds había sido conducido nuevamente hasta el sillón.

Su rostro semejaba una máscara de sangre. Las curas de Sharon se habían abierto otra vez. Sangrando en abundancia, junto con las nuevas heridas originadas. Reynolds se sujetaba con ambas manos el costado izquierdo.

Ahora sí debía tener alguna costilla rota.

Fue resbalando en el sillón.

Los tres individuos le dejaron caer. Quedó como un ovillo. Semiencurvado. Con las manos rozando los zapatos.

—En pie, bastardo —rió Ridley Wallace—. No nos obligues a...

—¡Una pistola! —exclamó Cambell—. ¡Tiene una...!

Eddie Reynolds se había apoderado de la diminuta Wilkinson. Hasta entonces sujeta en su tobillo derecho. Bajo el calcetín.

El individuo que estaba junto a la mesa escritorio fue el primero en sacar el revólver de la funda sobaquera.

Y fue el primero en morir.

Reynolds, desde el suelo, apretó el gatillo de la Wilkinson. Apuntando a la cabeza del individuo. Éste realizó un extraño salto hacia atrás cayendo sobre la mesa aparatosamente.

Wallace y Cambell también se habían apoderado de sus armas.

Sólo Ridley Wallace consiguió accionar el disparador. Su detonación se confundió con los dos disparos casi simultáneos de

Reynolds. Cambell no logró apretar el gatillo. La muerte le llegó antes. Un balazo en el pecho. Giró tropezando levemente con Wallace. Haciendo errar su disparo. Y cuando Ridley Wallace quiso rectificar, ya era demasiado tarde.

Eddie Reynolds no le dio la segunda oportunidad.

Tres cadáveres cercaron a Reynolds.

—¡Condenado del infierno! —rugió Brian Haskin, con el rostro desencajado. En su diestra una alemana Walther. Apoyado el cañón en la nuca de Reynolds—. ¡Suelta esa pistola o te vuelo la cabeza!

Reynolds obedeció.

Con fría sonrisa.

—Dispara, Brian.

—Antes quiero las planchas. Te doy tres segundos para que...

—Ahorra ese tiempo. No tengo las planchas. Búscalas por las alcantarillas de Chicago. En las cloacas. Dispútaselas a las ratas.

Haskin bizqueó.

—¿Quieres..., quieres decir...?

—Sí, Brian. Divertido, ¿verdad? Todos los envoltorios en poder de Freddy fueron arrojados a la alcantarilla.

La Walther tembló en la diestra de Haskin.

—Maldito, maldito bastardo. Te voy a...

—¡No lo hagas, Haskin! —gritó súbitamente una potente voz.

Brian Haskin giró.

Del ascensor surgió un individuo con una Smith & Wesson en su mano derecha. Y al instante, por la puerta del despacho, tres individuos más. Dos de ellos con el uniforme de la Metropolitan Pólice. Rodearon de inmediato al estupefacto Brian Haskin.

El individuo de la Smith & Wesson se aproximó a Reynolds.

Sonriendo cordial.

—Hola, Eddie. Mi nombre es Slim Hardy. Teniente del Departamento de Homicidios. Mi hermana Sharon te envía saludos.

EPÍLOGO

La muchacha se zafó de los brazos de Reynolds. También esquivó sus labios. Con el rostro encendido, roja como la grana, se alisó la blusa.

—Por favor, Eddie. Voy a tener que hablarte a distancia. Sabes que el doctor te prohibió todo movimiento violento.

—Podemos hacerlo con suavidad...

—Eres..., eres un...

Sharon terminó por dejar escapar los cascabeles de su garganta en cantarina carcajada. Retiró la bandeja para seguidamente retornar junto a Reynolds. Éste se encontraba en el lecho. Sentado. Apoyada la espalda en la almohada reclinada sobre el cabezal. El abierto pijama descubría el vendaje del pecho.

—¿Y el postre, Sharon? Me prometiste algo especial.

—Ah, sí. Una magnífica noticia —la joven tomó su bolso de mano. Extrajo un papel que le ofreció a Reynolds—. Aquí tienes, Eddie, Cincuenta mil dólares.

Reynolds parpadeó.

Contemplando el cheque a su nombre.

Por cincuenta mil dólares.

—¿Qué significa?

—Decretado por el consejo de administración de la Malvern Electric. Se acordó en la junta especial convocada a la muerte de Julie Malvern. Cincuenta mil dólares de recompensa a quien descubriese al asesino. Y han determinado que tú eres el más indicado a recibir la recompensa. Aconsejados por mi hermano Slim. Dijo que sin tu colaboración nada se hubiera conseguido.

—Charles Sandrich ya había confesado. El mérito es del Departamento de Homicidios.

Sharon sonrió.

—Por supuesto que Sandrich ya había confesado. Sólo entonces, al quedar demostrada tu inocencia, falté a mi promesa y comuniqué a mi hermano toda tu odisea. Y el lugar donde encontrarte. El Silver Star. Un lugar ya conocido por la policía. No había pruebas, pero aquel antro era un nido de drogas y prostitución. No se ha vencido al gran pulpo, pero sí se ha cortado uno de sus tentáculos: Brian Haskins y los hombres que torturaron y mataron a Maggie. Tú has declarado contra ellos, Eddie. Y en el Silver Star se han encontrado comprometedores documentos. Sobornos, rutas de la droga, enlaces... Un duro golpe para el Sindicato del Vicio...

—Tu hermano es un gran tipo, Sharon. Le debo la vida. Y él recibir estos cincuenta mil dólares.

—¿Qué piensas hacer con ellos?

—Volver al trabajo. Soy un buen mecánico. Montaré un magnífico taller. Lo convertiré en el mejor de Chicago.

—¿En Barrio Home?

—Sí, Sharon. En Barrio Home. En mi barrio. Daré trabajo a muchachos como Freddy. Muchachos que necesitan ayuda y comprensión.

—Cuenta con mi ayuda, Eddie.

—Sharon...

—No, Eddie —sonrió la joven—. No empieces otra vez. Además, mi hermano está al llegar. Y te recuerdo que tiene llave del apartamento.

—Pobre Slim. Me pongo sus pijamas, le quito la habitación...

—Por poco tiempo, Eddie. Mi hermano es muy tradicional. Le gusta cuidar de mi honra. No consentirá que permanezcas aquí por mucho tiempo. A no ser...

—¿Qué?

—Matrimonio. ¿Qué dices a eso, Eddie?

Reynolds simuló una mueca de resignación.

—Dos años en Katt Hill, salir y verme acusado de asesinato, golpeado, perseguido, acosado..., ya sólo me quedaba el matrimonio. Acepto también ese castigo.

—¡Oh, Eddie!

Ahora fue la muchacha quien se arrojó apasionadamente sobre Reynolds.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.